SINIBALDO GUTIERREZ

FRANZ HALLERS

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

DE

LINDAU GORSSE Y FOREST

TRADUCCIÓN CASTELLANA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

FRANZ HALLERS



FRANZ HALLERS

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

DE

LINDAU GORSSE Y FOREST

traducida por

SINIBALDO GUTIERREZ

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO INFANTA ISABEL la noche del 4 de Marzo de 1916



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NUMERO 551
1916

A Ernesto Vilches

El traductor.

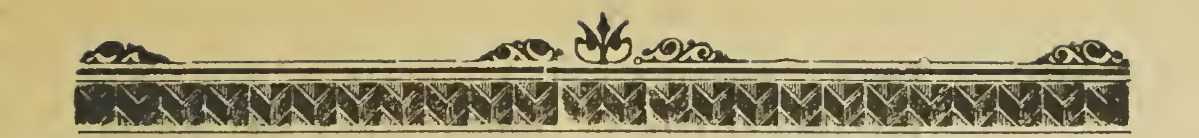
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MYRKA, LA ROJA..............	María Palou.
INÉS..........................	Concepción Robles.
EMMY........................	Esperanza Bedoya.
ELISA, criada	Magdalena Dueñas.
CARLINA.......................	María L. Sala.
ELSA..........................	Asunción Camarero.
HALLERS................ ... :	Ernesto Vilches.
EL DOCTOR FELDERMANN....	Francisco Hernández.
ARNOLDY, abogado...............	Alfredo Alaiz.
DICKERT, apache..................	Víctor Codina.
WEIGERT, comisario de policía	José Olózaga.
KLEINSCHEN, secretario de Hallers...	Félix Infiesta.
SCHIMEL, dueño de la taberna de «El Pato cojo»......................	Enrique Leyva.
SCROETTEL, apache..............	Teófilo Palou.
FINGRING, íd.	Agustín Povedano.
LUIS EL GORDO, íd............	Arturo Díaz Adame.
EWALD, criado de Hallers...........	Luis Caballero.
UN INSPECTOR................	Luis Agudín.
UN AGENTE DE POLICÍA......	Antonio Gil.
UN AGENTE DE SEGURIDAD..	Manuel Opiso.

Agentes de policía, parroquianos

La acción en Berlín.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del artista



ACTO PRIMERO

Despacho en casa del Fiscal Hallers. Sobre la pared, primer término derecha, retrato al óleo de «Emmy», con aparato de luz. Segundo término del mismo lado, puerta. Al foro derecha, ventana practicable, ochavada. Foro izquierda, puerta de cristales. Entre esta puerta y el lateral, sillón, mesa-escritorio y caja de caudales. Lateral izquierda, chimenea. Primer término, puerta. Lámpara colgada, candelabros, muebles de estilo severo. Sobre la chimenea un gran retrato del Kaiser. La chimenea está encendida durante todo el acto primero. Al levantarse el telón, las escena está iluminada solamente por la lámpara eléctrica, colocada sobre la mesa de Hallers.

ESCENA PRIMERA

HALLERS; después KLEINSCHEN y EWALD, que entra y sale. Hallers examina, al levantarse el telón, la lámpara que hay sobre su mesa

KLEIN. Buenas noches, señor Fiscal...

HALL. ¡Ah, vamos! Ya era hora. Bien ha tardado usted, Kleinschen.

KLEIN. (Extrañado.) No tanto. Apenas si tuve tiempo de cenar.

HALL. Pero, hombre, ¿necesita usted cinco horas para comer?

KLEIN. No. Pero antes tuve que hacer unos encargos.

HALL. ¿Qué encargos?

KLEIN. Pues... los que usted me encomendó. Fuí primero al Banco... luego a casa del Secretario del Congreso de Criminalogía... y después a la librería.

HALL. ¡Ah, sí!... ¿Cobró usted el cheque?

KLEIN. (Sacando una cartera, y de ella unos billetes.) Sí, señor Fiscal... 600 marcos en seis billetes.

HALL. (Los toma y los cuenta.) Está bien, gracias. (Los mete en su cartera, y deja ésta sobre la mesa.)

KLEIN. Estuve también a buscar al Doctor Feldermann. Vendrá en seguida.

HALL. (Extrañado.) ¡Cómo! ¿Esta noche?

KLEIN. Sí, porque en la calle me encontré con la señorita Emmy, y me dijo que fuera a llamar al Doctor para esta misma noche.

HALL. (Contrariado.) Es una ridiculez de mi hermana. Se ha empeñado en que estoy enfermo. ¡Qué tontería!

KLEIN. La señorita Emmy está preocupada, y perdone el señor Fiscal si me meto donde no me llaman... Y no le falta del todo la razón

HALL. ¿También usted?

KLEIN. Hace unos días que el señor Fiscal no tiene buen semblante. Sin duda, el exceso de trabajo de los últimos meses... Le convendría al señor Fiscal descansar una temporada.

HALL. No sabe usted lo que se dice.

KLEIN. Sin embargo...

HALL. Bueno, basta. Siéntese usted ya, que le dicte el final de mi comunicación.

KLEIN. Si usted me lo permite, voy a ponerme la americana de trabajo... Un segundo... (Sale por la primera izquierda.)

HALL. (Examinando de nuevo la bombilla eléctrica encendida sobre la mesa.) Pero, ¡qué mal alumbra esta lámpara! (Toca el timbre. En seguida, impaciéntandose, llama.) ¡Ewald! ¡Ewald! (Entra el criado.) ¡Podía usted venir cuando llamo! ¿Dónde estaba usted?

EWALD (Extrañado.) En el comedor... Estaba poniendo la mesa. La señorita debe regresar pronto del teatro, y...

HALL. Bien, bien... Tráigame usted una lámpara nueva.

EWALD Si el señor me la hizo cambiar ya hace un momento.

HALL. Le digo a usted que me traiga otra.

EWALD Bien, señor. (Vase.)

KLEIN. (Entra en mangas de camisa, trayendo en la mano la americana vieja de trabajo, que examina con estupefacción.) ¡Qué cosa tan inaudita!

HALL. ¿El qué?

KLEIN. ¡Mi americana! ¿El señor Fiscal no le nota nada extraordinario a mi americana?

HALL. Noto... que no está muy limpia.

KLEIN. Justamente.. Y ya comprenderá el señor Fiscal, que yo, que soy tesorero de la Sociedad Nacional berlinesa de los baños gratuítos para el pueblo... no acostumbro a llevar sucias las prendas de vestir... (Muy seguro de sí mismo.) Se ve que alguien se entretiene en gastarme bromas de mal género... Algún gracioso que durante mi ausencia ensucia y me destroza la americana.

HALL. ¿Qué está usted diciendo?

KLEIN. La verdad desnuda... Cada vez la encuentro más estropeada... Cuando no es una mancha más, es un nuevo desgarrón... Vea usted el de hoy, aquí en la manga... Además, huele a cerveza... ¡Y yo soy Secretario de la Unión contra el alcoholismo! ¡Y apesta a tabaco! Y a perfume barato de mujer... (Rebuscando en los bolsillos de la americana y lanzando un grito de indignación.) ¡Oh!...

HALL. ¿Qué pasa?

KLEIN. ¡Esto ya es demasiado! ¡Una pipa! ¡Una pipa infecta!

HALL. ¿Quien se permitirá semejantes bromas? ¿Está usted seguro de no haber sacado de aquí esa ropa?

KLEIN. Segurísimo. Todas las noches, al terminar mi labor, cuelgo este baldón de la indumentaria, ahí... en el gabinete, detrás de la puerta, (Señalando al gabinete.) y la recojo al venir por las mañanas.

HALL. (Reflexionando) Es muy extraño... Aquí no entra nadie, aparte de mi hermana y los criados. (Entra Ewald con una bombilla eléctrica.) Vamos, hombre, traiga usted esa lámpara. (Con intención.) Ayude usted al señor Kleins-

chen a ponerse la americana. (Viendo la extrañeza de Ewald.) ¿A qué viene esa cara? ¿No sabe usted que esa es su obligación? (Ewald, muy naturalmente, ayuda a Kleinschen a ponerse la americana. Hallers no deja de mirarle recelosamente, mientras él mismo cambia la bombilla.)

EWALD ¿Desea algo más el señor?

HALL. Sí. (Enciende la bombilla nueva.) Tome usted. (Le da la que acaba de quitar.) Decididamente hay aquí muy poca luz. (A Ewald.) Encienda usted la lámpara.

EWALD (Dándole vuelta al conmutador.) Ya está. (La lámpara del techo se enciende. Ewald vase.)

HALL. Descuide usted, Kleinschen; yo pondré este asunto en claro. (Kleinschen se sienta ante su mesa.) Ya he encontrado el título para mi comunicación: «La responsabilidad y los criminalistas.» Escríbalo usted. (Pausa.) ¿Está ya?

KLEIN. (Que ha escrito.) Sí, señor Fiscal.

HALL. Bueno... Vuélvame usted a leer las últimas frases.

KLEIN. (Leyendo.) «Mas de diez años hace, vosotros no lo ignorais, que el ministerio público que desempeño, me obliga a estudiar, hasta en sus más recónditos entresijos, esa multitud abigarrada que constituye el ejército del crimen. Y yo os digo que mediteis a qué abismos nos llevarían el admitir como buena la teoría de la irresponsabilidad...»

HALL. ¿Ahí nos quedamos?

KLEIN. Sí, señor.

HALL. Perfectamente. (Reflexiona unos instantes.) Escriba usted. (Dicta, paseándose.) ¿Qué sucedería, señores, si nosotros aceptáramos esa teoría? Que en cada caso los delicuentes se acogerían a un simple certificado de algún facultativo obcecado o complaciente, para eludir así la justa aplicación de la ley. Desconfiemos de tan peligrosos razonamientos. (Corrigiéndose.) No... no ponga usted peligroso... Ponga usted capciosos... eso.

KLEIN. (Escribiendo.) Capciosos...

HALL. «No nos dejemos seducir por tan benévolas teorías...» (Deteniéndose bruscamente.) Kleinschen, ¿usted ve bien?

KLEIN. Admirablemente:

HALL. Es curioso... A mí me hace el efecto de que trabajo en un sótano. (*Toca al timbre y llama al propio tiempo.*) ¡Ewald! ¡Ewald! (*Entra Ewald.*) ¡Encienda usted los candelabros!

EWALD (*Que mira a Hallers y a Kleinschen con estuperfacción.*) ¿Los candelabros?

HALL. Sí. ¿Qué mira usted? ¡Ande usted! (*Ewald vase. Hallers sigue dictando.*) «Y no olvidemos el principio fundamental de que todo hombre que no sufra de locura total y reconocida, debe ser considerado responsable de sus actos.» (*Hallers cesa de dictar. Permanece con la mirada vaga y el pensamiento ausente. Larga pausa. A Kleinschen.*) ¿Qué hace usted ahí, Kleinschen?

KLEIN. ¿Cómo que qué hago?

HALL. Sí.

KLEIN. (*Cada vez más asustado.*) Pues espero lo que sigue...

HALL. Lo que sigue... ¿a qué?

KLEIN. La continuación de lo que usted me está dictando... la comunicación...

HALL. (*Vivamente.*) Ah, sí... ¡Es cierto! (*Se pasa la mano por la frente.*) ¿Dónde tengo hoy la cabeza?

KLEIN. ¿Lo ve usted, señor Fiscal? Trabaja usted demasiado. Debía usted tomarse algún descanso.

HALL. Tiene usted razón. Me siento fatigado. Continuaremos mañana. Después de todo no corre gran prisa. Mañana forzaremos la máquina...

KLEIN. Como usted guste. (*Se dispone a cambiar de ropa.*)

HALL. (*Deteniéndole.*) ¡Ah, oiga usted!... No se le olvide a usted pasar por el Banco.

KLEIN. Si ya estuve allí. Acabo de darle a usted el dinero. Seis billetes. Los puso usted en su cartera.

HALL. (*Recordándolo.*) Justo, sí... No sé... no sé como estoy esta noche. (*Pausa corta.*)

KLEIN. ¿Se acordará usted de lo de mi americana?

HALL. Sí, sí... Tranquilícese usted, Kleinschen. (*Entra Ewald, trayendo los candelabros. Kleinschen se quita la americana, va al gabinete de la izquierda, la deja allí y se pone la que llevaba al entrar.*)

KLEIN. (*Reapareciendo.*) Buenas noches, señor Fiscal.

HALL. Buenas noches. (*Vase Kleinschen.*)

ESCENA II

HALLERS y EWALD

HALL. Estos candelabros están sucios.

EWALD Los he limpiado, señor... Es el metal que ..

HALL. Siempre encuentra usted alguna excusa.

EWALD Verdaderamente, no sé cómo complacer al señor... De algún tiempo a esta parte el señor se enfada por todo...

HALL. Usted tiene la culpa. Cada vez me sirve usted peor... Además, es usted, sin duda, quien se entretiene en revolverle la ropa de trabajo al señor Kleinschen.

EWALD (Vivamente.) ¡Yo, señor! ¡Yo soy un hombre honrado!

HALL. No se trata de su honradez de usted, sino de otras cosas.

EWALD No entiendo lo que el señor quiere decir.

HALL. No se haga usted el infeliz.

EWALD ¡Señor!

HALL. Le creía a usted un hombre formal... Veo que es usted un hipócrita.

EWALD ¡Un hipócrita!

HALL. No se extrañe usted, pues, que, desde ahora, prescinda de sus servicios.

EWALD Bien, señor. Pero al menos dígame el señor por qué se me despide.

HALL. ¡Demasiado lo sabe usted!

EWALD Se engaña el señor... Yo le juro...

HALL. (Impacientándose.) ¡Silencio!... No tengo por qué discutir con un criado.

EWALD Perdóneme el señor... Un criado antiguo y fiel, no merece que se le eche como a un perro.

HALL. (Vivamente.) Salga usted.

EWALD ¡Tengo derecho a una explicación!

HALL. (Tratando de contenerse.) ¡Salga usted, le digo! (Fuera de sí.) ¿Quiere usted que le ponga yo mismo en la puerta?

EWALD (Estupefacto.) ¡Pero señor Hallers!...

HALL. (Cogiéndole por los hombros y sacudiéndole violentamente.) Inmediatamente... fuera de aquí... ¡Lo mando yo! (Se abre la puerta del fondo. Entran Emmy, Inés (traje de teatro) y Arnoldy.)

ESCENA III

DICHOS, EMMY, INÉS y ARNOLDY, y un momento ELISA

EMMY (Vivamente.) ¡Franz!... ¡Franz!... ¿Qué es esto?

HALL. Esto es que ese hombre acaba de faltarme al respeto.

EWALD ¿Yo?

HALL. Y que lo despido... ¡Que se vaya!... ¡Que se vaya en seguida!...

EWALD (Defendiéndose.) No es verdad, señorita... Es que de pronto, yo no sé qué le ha dado al señor.

EMMY (A Ewald, dulcemente.) Está bien, Ewald, está bien... Váyase usted.

EWALD Como quiera la señora. Pero es sólo por la señorita. (Vase)

HALL. (A Emmy, aun furioso.) ¡Qué mala bestia!

EMMY (Señalando a Inés y Arnoldy.) Franz... Mira, los de Arnoldy están aquí.

HALL. (Dándose bruscamente cuenta de la presencia de Inés y Arnoldy.) ¡Ah! Mil perdones, queridos amigos... Dispénsenme ustedes que les haya hecho presenciar esta escena... Ese hombre me ha sacado de quicio. (Se deja caer en una butaca) Perdón.

ARN. De nada. Usted, querido vecino, es quien debe perdonarnos... No queríamos entrar, pero su hermana quiso que viéramos su nuevo retrato.

HALL ¡Muy bien hecho!

ARN. (Mirando alrededor de sí.) Pero, querido Hallers, ¿va usted a dar un baile? ¡Qué iluminación!

HALL. (Riendo.) No; es para mí sólo. (Señalando los candelabros) Este exceso de luz me facilita el trabajo. ¿No les parece a ustedes raro?

ARN. En efecto.

EMMY (Adelantando el caballete que sostiene su retrato.) Vean ustedes. Este es mi retrato... ¿Qué les parece a ustedes?

INÉS ¡Admirable!

ARN. Muy parecido.

EMMY Se empeñó Franz en que me lo hiciera...

HALL. Quise que su retrato me hiciese compañía... Así evito quedarme a solas con mis pensamientos. (Cambiando de tono) Pero, no hago más que hablar de mí. (A Inés.) ¿Qué tal lo ha pasado usted en el teatro?

INÉS Deliciosamente.

EMMY Nos hemos reído mucho.

INÉS (A Hallers) Debió usted venir con nosotros.

EMMY Claro que sí. Eso te hubiera distraído un poco.

INÉS Esta mañana quise bajar a invitarle a usted pero mi hermano no quiso.

HALL. ¡Ah!

ARN. Sí... No quise que le distrajese a usted... Sé que tiene usted estos días mucho trabajo.

HALL. Mucho tengo. Pero de eso a no recibirles a ustedes...

INÉS Mi hermano me pintó de tal modo sus presentes ocupaciones que, para no distraer a usted, he dejado de tocar el piano.

HALL. (Con sentimiento.) Es verdad. Hace tres días que no lo oigo. Y lo lamento.

INÉS (Riendo.) ¿De veras?

HALL. ¡Y tan de veras!

INÉS (Riendo) Un vecino que se queja de no oir el piano del piso de arriba. ¡Es la primera vez que pasa!

EMMY (Riendo.) En efecto, lo contrario es lo que suele suceder.

HALL. Es que usted, Inés, toca maravillosamente... ¡Con tanto gusto y tanto sentimiento!...

INÉS ¡Por Dios, no diga usted eso!

HALL. Sí, sí. Cuando interpreta usted, de noche, especialmente, alguna sonata sentimental, no puede usted imaginar qué dulce bienestar me proporciona. Y muchas veces, en la fiebre de mi trabajo, cuando mis sienes laten con violencia y mi cerebro parece pronto a estallar...

EMMY Trabajas con demasiado ahinco.

HALL. Dejo la pluma para escucharla a usted. Y la melodía que llega hasta mí dulcemente, me trae como en un ensueño, la tranquilidad más apacible.

INÉS Amigo Hallers, me está usted diciendo así como quien no lo hace, unas cosas muy bonitas.

HALL. ¿Cree usted?

ARN. (Contrariado.) ¡Vamos, Hallers, vamos! Tanta lisonja en labios de un hombre de su edad de usted... ¡Eso no está bien!

INÉS (Vivamente.) No son lisonjas. Y puesto que el señor Hallers me escucha con tanto placer, yo le prometo que no se podrá quejar en adelante. Tocaré a todas horas.

HALL. (Riendo.) ¡Oh, no; eso sería ya demasiado!

INÉS Y puesto que mi música tiene tales virtudes soporíferas...

HALL. (Vivamente.) No he dicho eso.

INÉS (Continuando.) Conozco ya un medio de serle grata a mi amiga Emmy. Me comprometo a tocar todas las noches, después de la cena, algo que signifique: «Buenas noches, vecino. Es hora ya de dejar la pluma y de irse a descansar.»

EMMY Sí, sí... Hágalo usted.

INÉS Cuente usted conmigo. Tocaré cosas tan dulces y arrobadoras que no tendrá más remedio que caer rendido sobre sus cuartillas...

HALL. (Galante.) ¡Envidiable canción de cuna!

ARN. (Cada vez más impaciente.) En vez de decir bobadas, mejor sería que contásemos a Franz lo que nos ocurrió ayer.

INÉS ¡Ah, sí! Tienes razón. ¿No sabe usted?

EMMY (Muy impresionada.) ¡Oh, sí, me lo han dicho en el teatro... ¡Es terrible!

HALL. Y, ¿qué es ello?

INÉS He sido víctima anoche de un atraco.

HALL. (Vivamente.) ¿Usted?

INÉS Yo misma.

EMMY (A Hallers.) ¿Y sabes dónde? Pues aquí abajo, en la calle, y en nuestras propias puertas. ¡Cuando pienso que me pudo ocurrir a mí! ¡me hubiese muerto del susto!

HALL. (A Inés.) ¡Cuente, cuénteme usted!

INÉS Verá usted. Mi hermano y yo fuímos anoche a un concierto. Al volver, a eso de las once, vimos desde el coche un hombre que parecía esperar en la sombra!

EMMY (Nerviosa.) ¡Te digo que es terrible!

HALL. ¡Cállate!

INÉS Pensando que sería un pobre diablo que esperaba abrir la portezuela para ganarse una propina, descendí yo primero, sin desconfianza. Pero de pronto aquél sujeto me coge por el brazo y empieza a sacudirme violentamente.

EMMY ¡Oh!

INÉS Imagínese usted mi terror. Lancé un chillido. Se vuelve el cochero y empuña el látigo. Mi hermano sale del coche precipitadamente... En tanto... El hombre aquél se había alejado articulando palabras ininteligibles.

HALL. Un loco tal vez.

ARN. No; un ladrón.

HALL. ¿Un ladrón?

INÉS Sí... Mientras me zarandeaba me había quitado el reloj y la cadena. Un relojito de oro muy mono, con mis iniciales esmaltadas en azul, que tenía yo en gran estima.

HALL. (Que durante las últimas palabras se ha quedado pensativo, y hace esfuerzos como para recordar algo.) Juraría haber oído hablar de eso... (A Arnoldy.) ¿No fué usted quien me dijo algo del asunto?

ARN. ¿Cómo he de haberle dicho a usted nada si no le he visto a usted en todo el día?

HALL. ¡Es un robo audaz! ¡Un atraco en esta calle!...

EMMY ¡Y a la puerta de la casa de un fiscal nada menos! ¡Los ladrones no respetan nada!

HALL. (A Inés, mientras toca el timbre.) Descuide usted, señorita; puesto que apreciaba usted tanto ese reloj, yo pondré toda mi influencia para que usted lo recobre.

(Entra la Criada.)

ELISA ¿Llamaba el señor?

HALL. Sí. Llame usted por teléfono al Comisario de Policía, señor Weigert, y dígale que venga en seguida. (A Arnoldy.) Es un hombre muy hábil que me presta muy buenos servicios.

ARN. Pero no corre tanta prisa. Podemos esperar a mañana.

HALL. (Vivamente.) No, nc. Conozco a Weigert. Al ver la premura con que le llamo comprenderá el interés que pongo en el asunto... Vaya usted, Elisa. (Mientras sale Elisa; a Inés.) Y ahora, señorita, ¿me permite usted que tome alguna nota? (Se sienta para escribir.) Lo primero, ¿reconoció usted al malhechor?

INÉS (Gesto de duda.) ¡Es tan lóbrega de noche esta calle de la Catedral! No pude verle la cara. La visera de la gorra le tapaba los ojos. Llevaba además subido el cuello de la americana.

HALL. ¿Qué estatura tenía? ¿Era así, como su hermano de usted... como Ewald?...

INÉS (Vacilante.) No sé.

HALL. ¿Cómo iba vestido?

INÉS De americana.

HALL. ¿De americana? (Muy vivamente.)

INÉS Sí.

HALL. (Vivamente.) ¿Está usted segura de no equivocarse?

INÉS ¡Segurísima! Me pareció también que llevaba un pañuelo de seda al cuello. Aparte de esto no puedo precisar gran cosa. Lo que reconocería seguramente sería su voz... una voz áspera, ronca... como de borracho.

HALL. (Escribiendo.) ¿Y dijo usted, que parecía esperar en las sombras?

INÉS Sí.

HALL. ¿Sospecha usted de sus criados?

ARN. No. Tenemos una doncella y una cocinera. Las dos honradísimas.

INÉS María; ¡imposible!

ARN. Y Catalina, tampoco.

HALL. Bien, pero... hace seis meses, su antigua doncella, aquella polaca...

ARN. ¿Myrka?

HALL. Sí... Estuvo en la cárcel por haber robado una alhaja... Yo mismo la acusé ante el Tribunal.

INÉS En efecto.

HALL. Pero ya debe haber cumplido. (A Arnoldy, siguiendo su idea.) Y al verse libre, dejándose arrastrar por sus malos instintos, algún compinche suyo, siguiendo las indicaciones de Myrka, será tal vez el autor del robo.

ARN. ¿Lo cree usted?

HALL. En todo caso, es una pista a seguir. (A Inés.) En fin, confíe usted en mí, Inés. El relojito parecerá, seguramente.

INÉS Dios lo quiera.

HALL. (Levantándose.) Y el sujeto que le dió a usted el susto, no escapará sin que le impongamos la pena correspondiente en su grado máximo. (A Arnoldy.) A menos que quiera defenderle su señor hermano y consiga la absolución con uno de sus brillantes informes.

ARN. Sería el colmo. (Riendo. Elisa sale por la puerta del comedor.)

ELISA La mesa está servida.

EMMY Bien... ¿Me acompaña usted, Inés? Y usted, amigo Arnoldy, ¿tomará usted una taza de chocolate?

ARN. Con mucho gusto.

HALL. (A Arnoldy.) Un minuto, querido Arnoldy. Deseo hablar con usted a solas.

ARN. ¿Me perdona usted, señorita?

EMMY ¡No faltaba más!... Pero acaben pronto y vengan a tomar algo, que es tarde.

ARN. Iremos.

INÉS No tarden ustedes.

(Inés y Emmy entran en el comedor.)

ESCENA IV

HALLERS y ARNOLDY. Después ELISA

ARN. (A Hallers.) ¿Un cigarrillo?

HALL. Nunca recuerda usted que no fumo.

ARN. Entonces no le molesto... ¿Y no ha fumado usted nunca?

HALL. Jamás. Me repugna el tabaco.

ARN. Dichoso usted.

HALL. Le he rogado a usted que se quedara para pedirle mil perdones.

ARN. (Extrañado.) ¿Por qué?

HALL. Porque después de nuestra conversación de hace quince días...

ARN. (Rápidamente.) No hablemos más de eso, Hallers...

HALL. Sí, sí, hablemos de eso... Porque al final de aquella entrevista en que usted me negó tan resueltamente la mano de su hermana Inés, le hice a usted una promesa: la de no dejar nunca traslucir siquiera el interés que Inés me inspira.

ARN. Bien, pero...

HALL. Es que hace poco he tenido un momento de distracción, de olvido...

ARN. Pues no noté nada.

HALL. Sí... Lo notó usted. Pero puede usted creer que no hubo en mí premeditación alguna... Me olvidé pasajeramente de que no soy más que un pobre viejo...

ARN. (Vivamente.) Le suplico a usted, Hallers, que no exagere el sentido de mis palabras. ¡Un viejo! Yo no he dicho tanto. Evidentemente que no es usted un muchacho, pero ¡qué diablo! aún está usted en lo mejor de la vida.

HALL. (Con melancolía.) Lo mejor es enemigo de lo bueno... Y mis buenos años pasaron ya Yo no me hago ilusiones .. siento los alifafes que llegan. Mi memoria flaquea. Desciendo ya por la otra vertiente de la colina. ¡Y con qué rapidez! (Se sienta en la butaca de la derecha, junto a la chimenea.)

ARN. ¡Por Dios, no se acobarde usted así! Si hubiera yo creído que iba usted a tomar la cosa tan por lo trágico... le habría hablado con menos crudeza...

HALL. (Emocionado.) Habría usted hecho mal, Arnoldy. Le debo a usted el haberme dado cuenta de la realidad... Pero lo que más me abruma, amigo mío, es que este sufrimiento no es puramente moral, sino físico... El corazón... la cabeza... no andan bien.

ARN. Hallers, por Dios, es usted muy impresionable... Sólo quise hacerle ver que un trabajador infatigable, enamorado de su profesión como usted... no podría hacer la felicidad de una muchacha. No es usted un viejo, pero la diferencia de edad es muy grande... ¡veinte años!... (Cambiando rápidamente de tono.) Vamos, Hallers, no hablemos más de esto. (Se oye llamar a la puerta. Suena el timbre.) Sí.

¿Convencido? ¿Se acabaron para siempre las ideas sombrías?

HALL — Probaremos.

(Se dan la mano. En este momento entra la Criada por el foro izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y ELISA

HALL. — (A la Criada.) ¿Qué pasa?

ELISA — Han llamado. ¿Voy a abrir?

HALL. — ¿Pues no está el criado en el recibimiento?

ELISA — (Sorprendida.) ¿Ewald?... Se marchó de la casa hace ya más de media hora... Me dijo que vendría mañana a recoger su ropa.

HALL. — ¡Ah, sí!... Vaya usted a abrir. (Elisa vase. A Arnoldy.) Ya lo ve usted... Todo se me olvida.. Yo mismo fuí quien le despidió. (Arnoldy se levanta.)

ELISA — (Anunciando desde la puerta.) El señor doctor..

(Entra el Doctor Feldermann. Vase Elisa.)

ESCENA VI

DICHOS y EL DOCTOR FELDERMANN

DOCTOR — (Entrando.) Al llegar a casa me dijeron que usted me llamaba y aquí estoy.

HALL. — (A Arnoldy que hace intención de retirarse.) Quédese, Arnoldy... No se trata de nada reservado.

ARN. — Con su permiso; vuelvo en seguida. Quiero aprovechar esta visita del doctor y subir a casa un momento para traer las notas de una causa que quiero consultarle. Su opinión me será muy útil... Se trata de un asunto que tengo que defender.

DOCTOR — Estoy a su disposición.

ARN. — Gracias. Hasta ahora. (Vase.)

ESCENA VII

HALLERS y EL DOCTOR FELDERMANN

DOCTOR (Muy afectuoso.) Vamos a ver, ¿qué es lo que le pasa a usted?

HALL. En primer lugar, mi hermana exagera. No debía haberle llamado a usted con tal premura. Todo se reduce a que de algún tiempo a esta parte me siento algo fatigado.

DOCTOR Pues ese es el mejor de los males. Su remedio no está en la botica. Hay un delicioso remedio: el descanso.

HALL. Lo reconozco. Pero a quien ocupa una posición tan absorbente como la mía no le es muy fácil tomar ese remedio.

DOCTOR No siempre es fácil, lo confieso, sustraerse a las ocupaciones diarias, aunque hay casos en que es preciso. Pero antes de recetar una cura tan radical, veamos de qué se trata. ¿Qué es lo que usted siente?

HALL. Un gran cansancio.

DOCTOR ¿Abatimiento, malestar general?

HALL. Y una tristeza invencible.

DOCTOR ¿Se siente usted nervioso, excitado?

HALL. Sí; especialmente desde hace unos pocos días. La menor cosa me enfada y de desespera. Por pequeñeces me encolerizo de un modo absurdo.

DOCTOR ¿Y la memoria? ¿Algo de amnesia?

HALL. Precisamente, la falta de memoria es lo que me pone más fuera de mí. Frecuentemente me olvido de lo que hice cinco minutos antes. Y llego hasta perder la nocion del tiempo.

DOCTOR ¡Ah, ah!

HALL. El silencio, la obscuridad me impresionan mucho... No puedo quedarme sólo, ni sin luz. ¿Ve usted esta habitación? Nunca me parece bastante iluminada.

DOCTOR (Muy preocupado.) Comprendo... sí.

HALL. En la penumbra, los objetos toman a mis ojos formas absurdas, fantásticas, mons-

truosas... A veces llego a sentir un miedo invencible.

DOCTOR No, gracias. (Rechazando un cigarrillo que le ofrece Hallers.) Pero, aparte de esos fenómenos puramente nerviosos, subjetivos... ¿puede usted señalarme algunos síntomas precisos?... Por ejemplo, ¿suele usted tener neuralgias?

HALL. Sí.

DOCTOR ¡Ah!

HALL. Siento constantemente dolor de cabeza... Un dolor especial... algo así como opresión... pesadez..

DOCTOR Y esa molestia, ¿es reciente o antigua?

HALL. Nunca hasta ahora la había sentido. (Recordando de pronto.) Pero, no... digo mal... Recuerdo que el año pasado me caí en la escalera del Palacio de Justicia. Me herí en la cabeza y estuve algunos minutos sin conocimiento.

DOCTOR Sí, lo recuerdo.

HALL. Pues a consecuencia de aquel golpe, fué cuando sentí por primera vez este dolor tan particular... Es aquí, en la nuca... Como si me oprimiera una garra de hierro... Desapareció a las pocas horas... Pero ha vuelto.

DOCTOR ¿Hace mucho?

HALL. (Reflexionando.) Unos cuantos días... quince, todo lo más.

DOCTOR ¿No podría usted precisar la fecha?

HALL. Sí.

DOCTOR Veamos.

HALL. Fué un jueves... sí, el veinte del mes pasado, Desde entonces ni un momento he dejado de sentir esa angustiosa sensación... Sólo de pensarlo... Es la mano de un enemigo implacable... Aquí, aquí...

DOCTOR (Calmándole.) No se exalte usted... ¿Dice usted que el mal reapareció hace unos quince días?

HALL. Sí.

DOCTOR Bien. Y ese día... Contésteme usted a esto con exactitud... Es muy importante... ¿No le ocurrió a usted ese día algo que pudiera determinar la reaparición del dolor? Por ejemplo, un golpe.

HALL. ¿Un golpe? ¡No!

DOCTOR ¿No se cayó usted? ¿No sufrió su cabeza ningún choque violento?

HALL. No.

DOCTOR ¿Ni físico... ni moral? Porque las emociones intensas son verdaderos choques, terribles a veces.

HALL. (Vivamente.) ¡Ah... sí... sí!...

DOCTOR ¡Ah!

HALL. Precisamente lo recuerdo, porque ese día sufrí una gran conmoción moral... Un disgusto íntimo... Prefiero no tener que hablar de ello.

DOCTOR Está bien. Me basta con saber que existe el hecho. (Leve pausa.) ¿Y las noches? ¿Cómo pasa usted las noches?

HALL. ¡Las noches!... ¡Ah!... ¡Eso!... (Mirando fijamente al vacío.) ¡Las noches!.. (Recobrando el tono ordinario.) El sueño me invade a veces de improviso, brutalmente, como un ladrón a la vuelta de una esquina... ¡Me arrolla! ¡me aplasta! (Señalando a la mesa.) Varias veces me ha ocurrido estos últimos días, despertarme por la mañana ahí sentado ante mi mesa de trabajo... o en la cama, vestido.

DOCTOR ¿Tiene usted pesadillas?

HALL. Sí... Frecuentemente y de una gran incoherencia.

DOCTOR ¿Qué ve usted en sus sueños?

HALL. (Como alucinado.) ¡Siempre lo mismo! ¡Una cosa roja! (Señalando a la chimenea.) Como una llamarada... y en ese rojo resplandor una cara... una cabeza de mujer!...

DOCTOR (Vivamente.) ¿Una cabeza de mujer?

HALL. Sí... Y también roja... siempre la misma. Los ojos de esa mujer me persiguen, hasta cuando estoy despierto... Apenas fijo la mirada en un punto, surgen, brotan, se destacan... y a su alrededor la cara y sobre su cara el pelo rojo... Quiero fijarla en mi memoria.. y se desvanece al punto. (En el tono más natural.) Cuando la vuelva a ver le preguntaré cómo se llama.

DOCTOR (Con sobresalto.) ¿Eh?

HALL. ¿Qué?

DOCTOR Acaba usted de decir que le preguntará su

nombre a un fantasma creado por su imaginación.

HALL. (Asombrado.) ¿Yo?

DOCTOR Usted. Ha dicho usted: «Cuando la vuelva a ver le preguntaré cómo se llama.»

HALL. ¿Yo he dicho eso? ¡Si eso no tiene sentido común! (Sobreexcitándose.) ¡Qué locura!... ¡Qué locura!... ¡Qué locura! .. (Se ha levantado y pasa delante de la mesa.)

DOCTOR (Se levanta, afectuosamente.) Vamos, Hallers, cálmese usted... Evidentemente se halla usted un poco débil, fatigado... Pero eso no tiene importancia... Eso le sucede a cualquiera... Ahora, sí, hay que evitar que el mal pase adelante.

HALL. ¿Qué hacer?

DOCTOR Es indispensable que descanse usted una larga temporada... cueste lo que cueste.

HALL ¿Mucho tiempo?

DOCTOR Un año.

HALL. ¿Un año?

DOCTOR ¡Por lo menos!

HALL. Se lo repito a usted, doctor... ¡Eso es imposible!... Mis apremiantes ocupaciones...

DOCTOR ¡Lo más apremiante de todo es la salud! (En este momento entra Arnoldy trayendo un expediente.)

ESCENA VIII

DICHOS y ARNOLDY

ARN. Aquí tiene usted.

DOCTOR Ilustre abogado, llega usted a tiempo. Convénzame usted a nuestro querido Hallers de que debe tomarse en seguida unas largas vacaciones.

ARN. (A Hallers.) Ya lo ve usted; todo el mundo se lo dice.

HALL. (Enfureciendose.) ¡No puedo! ¡Ya saben ustedes que no puedo!

DOCTOR (Afectuoso pero enérgico.) Podrá usted, porque esta vez se lo ordeno yo. Está usted extenuado. Ha abusado usted y el que abusa paga la pena.

HALL. (Vivamente.) ¿Yo abuso? nada puedo reprocharme. Llevé siempre una vida tranquila y morigerada. Jamás cometí exceso de ninguna especie.

DOCTOR ¡Insigne error! ¡Lleva usted una vida tan malsana como la del hombre más vicioso!...

HALL. ¡Doctor, por Dios!

DOCTOR (Enardeciéndose poco a poco.) Sí, el trabajo excesivo, sin tregua y sin distracciones, es un veneno, es un vicio peor mil veces que el del alcohol.. Los dos conducen al mismo resultado... (A Arnoldy.) Vivimos en una época calamitosa. Media humanidad se aniquila con el abuso de todo género de placeres... la otra media se destroza aún más trabajando con la desesperación que impone la moderna lucha por la existencia. Cada día nuestros nervios se desquician más y brotan enfermedades nuevas, neurastenias desconocidas, locuras inéditas, como flor de maldición.

HALL. ¡Enfermedades nuevas! ¡Es la muletilla de todos los médicos! (A Arnoldy.) ¿Cree usted en eso? (Se acerca a Arnoldy.)

ARN. ¿Por qué no?

DOCTOR (Contento.) ¡Claro!

ARN. Precisamente uno de esos casos es el que quería consultarle al doctor. (A Hallers.) Con su permiso.

HALL. (Excéptico y discreto va a sentarse ante su mesa.) Usted lo tiene.

ARN. (Al Doctor.) Siéntese usted, doctor. Se trata de algo muy extraño. (Abre la causa.) Tengo que defender a una pobre mujer cuya historia no puede ser más sorprendente. Sus referencias son inmejorables. Es una propietaria de una importantes casa de modas que ella misma fundó y dirige. En suma, una persona inteligente, rica y considerada. Tiene cuarenta años y ha sido siempre una esposa modelo y una impecable madre de familia. Pues bien, esta dama fué cogida hace una semana por la policía en una casa de dormir por haber desbalijado a un obrero que ella había abor-

dado en la calle como una mujer de mala vida. (A Hallers.) ¿Qué le parece a usted?

HALL (Riendo mientras lee, con el lápiz en la mano.) ¡Que no me convence su modelo de madres de familia!

ARN. (A Feldermann.) La materialidad del hecho es incontestable. La mujer fué detenida por ladrona. Y se ha probado luego que no era la primera vez que practicaba tan triste oficio. Pues bien, doctor, esa mujer jura con lágrimas en los ojos y tal acento de sinceridad que no deja lugar a dudas, que no se acuerda de nada, y que debe ser víctima de alguna maquinación horrible.

HALL. ¡Pura comedia!

ARN. Le digo a usted que no.

HALL. Su cliente es sencillamente una degenerada viciosa que busca sensaciones nuevas... Roba en la calle por *dilletantismo.* Y al verse cogida, enjareta esa historia de no acordarse de nada. Yo, como juez, la condenaría sin el menor remordimiento de conciencia.

DOCTOR ¡Pues cometería usted una injusticia! (A Arnoldy.) Porque nos encontramos ante un caso típico de conciencia alternativa.

HALL. (Burlón.) ¡Hermosa calificación!

DOCTOR (A Arnoldy.) Su defendida es normalmente la directora de una casa de modas. De pronto, una crisis brusca, provoca en ella un desdoblamiento de la personalidad. Y olvidándose entonces de que es, de que ha sido una honrada madre de familia, se transforma, toma un aspecto de mujerzuela...

ARN. (Vivamente.) Cambia de vestidos.

DOCTOR Abandona su casa.

HALL. (Vivamente.) ¡Cómo, cómo! ¿Dice usted que cambia de vestidos?

ARN. Sí.

HALL. Pero los gestos... los movimientos que necesita para cambiar de ropa y de aspecto, para despeinarse y peinarse, en fin, ¿no la sorprenden y la obligan a darse cuenta de su situación?

DOCTOR En absoluto. La transformación externa, visible, es sólo complemento de la interna.

No la sorprende sentirse otra mujer... ¿cómo quiere usted que un simple cambio de ropa la haga volver a su estado normal? No hay razón para ello.

HALL. Bueno. ¿Y cuándo vuelve a ser quien es, recobrando su propia personalidad?

DOCTOR Cuando pasa la crisis. Entonces se repite el mismo caso en sentido inverso. La infeliz se despoja inconscientemente al finalizar la crisis de su harapiento disfraz y todo vuelve a su sitio y ella a ser honrada madre de familia, que no recuerda haber ejercido durante unas horas el más infamante oficio.

HALL. ¡Qué bonito para un folletín!

ARN. (Vivamente.) Pues es la triste realidad. (Señalando al libro que trae junto a la causa.) Taine, en su «Tratado de la inteligencia» y Ribot, en su admirable obra sobre las enfermedades de la voluntad, citan casos muy curiosos.

DOCTOR ¡Y de una autenticidad indudable! Yo mismo conozco uno muy reciente. En Londres un comerciante famoso quiso hace unos años, en una crisis análoga, operar a su mujer de un tumor, afirmando que era médico.

HALL. ¡Una locura fulminante!

DOCTOR No. Se supo más tarde que aquél hombre era médico efectivamente, conocía cinco idiomas, y había figurado en política... llevaba una existencia doble y era a la vez sin nadie saberlo, comerciante en Londres y médico en Liverpool.

HALL. ¡Y ni el médico ni la modista se acordaban en ese estado de lo que hacían en el otro?

DOCTOR No. Tiene dos memorias, dos inteligencias, dos voluntades. En ninguna de sus vidas tiene conciencia de la otra.

HALL. ¡Eso es absurdo! ¡Milagroso! Y yo no creo en los milagros.

DOCTOR Le aseguro usted que no hay en ello nada sobrenatural. Son fenómenos cuya causa es puramente orgánica. Y se ha notado que suelen producirse con preferencia por la noche, en los individuos predispuestos, después de un día de contrariedades o emociones fuertes.

HALL. Así, pues, usted mismo, amigo Arnoldy,

mañana tal vez puede ser atacado por esa enfermedad y perder su yo.

DOCTOR Desde luego. Esa enfermedad—que no otra cosa es—podemos tenerla todos, como el tifus, como una pulmonía...

HALL. ¡No, no! ¡No puedo creer eso! Con semejantes teorías, ¿dónde íbamos a parar? ¡A atribuir los crímenes a un microbio! Sólo hay dos clases de individuos: cuerdos y locos. Los locos, irresponsables siempre. Siempre responsables los cuerdos.

ARN. Hay locuras parciales.

HALL. No admito esos matices.

ARN. (Al médico.) Bueno, de todos modos, doctor, estudie usted el asunto, (Dándole los papeles.) y envíeme su dictamen por escrito. Será la base de mi defensa.

DOCTOR (Tomando los papeles.) Con mucho gusto. (A Hallers.) Señor Fiscal incrédulo, mañana volveré a verle a usted.

HALL. ¿Mañana? No estoy de tanto cuidado.

DOCTOR Quiero examinarle a usted bien de día. No me fío de la luz artificial.

HALL. (Vivamente.) ¿No es verdad?... ¿No es verdad que estas lámparas alumbran muy mal?

DOCTOR (Arrugando el entrecejo.) Volveré mañana. (Salen Emmy e Inés.)

ESCENA IX

DICHOS, INÉS, EMMY. Después ELISA

EMMY ¡Hola, doctor!

INÉS Buenas noches, doctor.

DOCTOR Buenas noches, señoritas.

EMMY (A Feldermann.) ¿Habló usted con mi hermano?

DOCTOR Sí... No tiene nada. Sólo necesita descansar un poco en el campo. Volveré mañana por la mañana a trazarle a usted un plan. (Vase.)

INÉS Nosotros nos retiramos. (A Hallers.) ¿No olvidará usted lo convenido?

HALL. ¿Qué es ello, Inés?

INÉS Si oye usted el piano, querrá decir... «Deje usted la pluma... cierre usted el libro... Buenas noches.»

HALL. No lo olvidaré. (Saludos. Arnoldy e Inés se retiran. Pausa larga.)

EMMY (Dirigiéndose a Hallers.) ¿No te acuestas todavía?

HALL. No. ¿No recuerdas que espero a Weigert? (Suena el timbre.) El debe de ser. (A Elisa que arregla la habitación.) Vaya usted a abrir. (Elisa vase.)

EMMY Procura acabar pronto al menos.

HALL. Sí, sí...

EMMY ¿Me lo prometes?

HALL. (Contrariado) Sí.

EMMY Hasta mañana, pues, Franz. Que descanses. (Vase.)

ELISA (Saliendo) El señor Comisario. (Entra Weigert.)

ESCENA X

HALLERS y WEIGERT

WEIG. A sus órdenes, señor Fiscal.

HALL. Siéntese usted, Weigert.

WEIG. Perdone el señor Fiscal... pero sólo dispongo de unos instantes.

HALL. Tanta prisa trae usted?

WEIG. Al señor Fiscal puedo decírselo... Creo que voy a tener esta noche un gran triunfo.

HALL. ¡Ah! ¡Ah!

WEIG. Estoy sobre la pista de una banda famosa... La del Príncipe.

HALL. (Sin comprender.) ¿El Príncipe?

WEIG. ¿No ha oído hablar el señor Fiscal del misterioso bandido así llamado, que tiene conmovido a todo Berlín?

HALL. Ah, sí. Pero no sabía que se llamase el *Príncipe*.

WEIG. Sabemos dónde se reunen por uno de ellos, que nos ha dado el soplo.

HALL. ¿Y cuenta usted con cazarlo esta noche?

WEIG. Sí.

HALL. ¿Dónde?

WEIG. En «El Pato Cojo.» Un tabernucho de las afueras, donde se reune lo más escogido de nuestra sociedad... Tengo allí apostado un agente de toda mi confianza que me está

esperando y que seguramente practicará la detención.

HALL. Bueno; puesto que tiene usted prisa, le diré en dos palabras para qué le hice venir. Se trata de un robo. Cosa de poca importancia. Pero cometido anoche a la puerta misma de esta casa. (Tomando un papel de sobre la mesa.) Un hombre de mala catadura le robó el reloj a la señorita Arnoldy, hermana del abogado que vive arriba. Tengo motivos para creer complicada en el asunto a una tal Myrka, la Roja.

WEIG. Perfectamente: Myrka la Roja.

HALL. Fué criada de Arnoldy y yo la hice condenar a dos meses de cárcel por robo... Sorpecho, además, que estaba de acuerdo para este golpe con un criado mío, Ewald Rister, que acabo de despedir. (Vivamente.) ¡Pero son sospechas nada más! (Entregándole a Weigert el papel.) Tengo mucho interés en el asunto. Aquí tiene usted todos los datos necesarios.

WEIG. Gracias, señor Fiscal. ¿Deseaba alguna otra cosa el señor Fiscal?

HALL. (Ya distraído.) Por ahora no.

WEIG. Pues con la venia del señor Fiscal, me retiro.

HALL. Buenas noches, Weigert. Y buena suerte.

WEIG. Muchas gracias. Buenas noches. (Medio mutis.) ¡Ah! ¿Y del asunto Volers?

HALL. Ahí (Por la caja de caudales.) guardo su gorra, un pañuelo y un revólver, pero... nada.

WEIG. Bien. Buenas noches.

(Suena una campanada lejos.)

ESCENA XI

HALLERS y ELISA

HALL. (Mirando el reloj de pared.) ¡Las doce menos cuarto!... ¡Pobre cabeza mía! (Dirígese a la mesa. Entra Elisa.) ¿Cerró usted la puerta, Elisa?

ELISA (Mientras apaga la lámpara que hay sobre la mesa del Secretario y luego la del techo.) En este momento, señor.

HALL. ¿Y la cancela del jardín, también?

ELISA (Entregándole una llave.) También. Tome usted las llaves del jardín, señor.

HALL. (Tomando la llave) Bien... muy bien... (Se guarda la llave en el bolsillo.) Puede usted retirarse. Y si la señorita le pregunta si he ido a costarme, dígale usted que sí.

ELISA Está bien, señor. (Sólo queda encendida la lámpara de la mesa de Hallers. Elisa va a salir. Hallers se ha sentado ante su mesa.) Buenas noches, señor.

HALL. Que usted descanse, Elisa. (Vase Elisa por la primera derecha.)

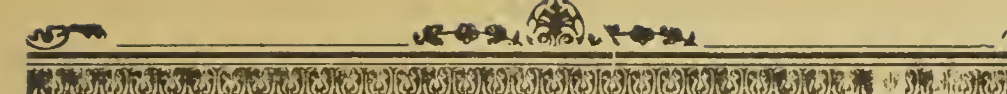
ESCENA XII

HALLERS, solo

¡Qué estrafalario es el doctor! Y Arnoldy... (Se quita el cuello de la camisa y los puños.) ¡Un cerebro con dos inteligencias independientes!... ¡Qué insensatez! En fin, trabajemos... Mejor será. (Leyendo la comunicación.) «Y yo os digo que meditéis a qué abismos nos llevaría el admitir como buena la teoría de la irresponsabilidad...» (Empieza a oirse un piano en el piso de arriba. Las notas llegan pausadas y tenuemente. Es la «Berceuse» de Gyseldys. La cara de Hallers toma una expresión risueña. Eleva al techo la mirada y dice con acento de gratitud.) Cumple su palabra... Me invita a descansar... Inés... Adorada Inés... (Apoya la cabeza en el respaldo de la silla.) ¡Qué música tan dulce!... (Se duerme sonriendo apaciblemente. Un instante después la expresión de su cara se torna grave, sombría, parece estar bajo la acción de un dolor físico. Se revuelve en el sillon, sin abrir los ojos. El piano continúa sonando. Hallers muévese de pronto. Abre los ojos, los fija intensamente unos segundos en el vacío. Después mira hacia el techo, se incorpora penosamente y dice:) ¡Qué odiosa música! (Después de haber contemplado unos instantes las llamas de la chimenea que parecen hipnotizarle, se dirige a la izquierda, primer término, en donde dejo Kleinschen su americana. Entra y sale. Hecho esto, se quita la levita, que deja entre bastidores y se pone la americana. En seguida va al armario que hay en el fondo izquierda y coge un

pañuelo de seda viejo, que se pone al cuello. Y una gorra con visera que se cala a estilo de apache. Y el reloj de Inés, un revólver, un cuchillo, se guarda ambos en los bolsillos, hecho lo cual, se alza el cuello de la americana, mira a todos lados y se dirige hacia la ventana. La escena, desde que Hallers se asomó a la ventana para decir adiós a Weigert, está bañada por la luz de la luna. Lentamente Hallers se encarama en la ventana con precaución. Desaparece. El telón cae muy lentamente. El piano sigue sonando hasta el fin. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La taberna de «El Pato cojo». Es un cafetín miserable, en un sótano. A la puerta de salida, que está en el fondo, se sube desde la escena por una escalerilla. Mesas, taburetes, mostrador, etc. Por toda iluminación un quinqué. En el centro de la escena un practicable por escotillón.

ESCENA PRIMERA

Un INSPECTOR disfrazado de viejo, SCHIMEL y dos PARROQUIANOS

INS. (Saliendo del mostrador.) ¡Patrón! (Se dirige éste a la mesa que ocupa el Inspector. A media voz.) Acércate.

SCHI. (Desconfiado.) ¿Qué se ofrece? ¿Un bock?

INS. Despide a la gente y cierra el chamizo.

SCHI. ¿Que cierre? Pero, ¿usted quién es?

INS. Inspector de Policía, a las órdenes del Comisario Weigert.

SCHI. (Con mal humor.) Pero...

INS. Haz lo que te mando.

SCHI. Si aún son las doce menos veinte... Tengo permiso hasta las doce.

INS. (Enérgico.) ¡Obedece!

SCHI. (Aparte.) ¡Qué asco de autoridad! ¡Ea, fuera! (Saliendo al centro de la escena, alto a los parroquianos.) A la calle todo el mundo.

PAR. 1.º (Sorprendido.) ¡Si aún es temprano! ¡Mira la hora!

SCHI. ¡Es lo mismo! ¡Fuera! (Vocean y vanse.)

SCHI. Ya está usted servido. Bueno, ¿y a qué debo el honor, si puede saberse? Tiene que ser cosa gorda para que se haya usted puesto de media gala.

INS. Es posible. ¿Estamos solos?

SCHI. Completamente.

INS. Tú conoces al *Príncipe*, ¿verdad?

SCHI. (Haciéndose el tonto.) ¿El *Príncipe?*... No.

INS. Es inútil... Estoy bien informado.

SCHI. ¡Ah!... Yo...

INS. Es un personaje nuevo. La policía sólo conoce de él su nombre de guerra: El *Príncipe*. Pero yo sé de un modo cierto que todas las noches, después de la hora del cierre, viene aquí. Aquí se reune con su banda: Luis el Gordo, Dickert, Screettel, Fingring... y algunos más... sin contar a dos o tres mujeres... Elsa, Carlina y Myrka la Roja.

SCHI. Le juro a usted, señor Inspector...

INS. Y que aquí, con tu complicidad y dirigidos por el Príncipe, se conciertan los atracos y los robos que se han realizado últimamente en Berlín.

SCHI. (Mirando al cielo.) ¡Pero señor Inspector!

INS. Hay prometida una prima de dos mil marcos para quien prenda o haga prender a ese caballero. Y me interesa mucho, pero mucho, cobrarla. Así, ya me estás diciendo si mis noticias son exactas y si puedo encontrarle aquí esta noche.

SCHI. Palabra que no sé a qué se refiere el señor Inspector.

INS. ¿No? Pues... buenas noches. (Se levanta y va a subir la escalera.) ¡Hasta la vista! ¡Abre!

SCHI. (Deteniéndole.) ¡Espere usted!

INS. ¿Lo has pensado mejor? (Rápido y enérgicamente.) ¿Vendrá esta noche esa gente?

SCHI. Sí.

INS. ¿A qué hora?

SCHI. A las doce y media.

INS. Muy bien. Es todo lo que quería saber. (Rectificándose.) Pero oye... ¿No recuerdas haberle oído decir al Príncipe que robase ano-

che un reloj? ¿A una señora que bajaba de un coche... en la calle de la Catedral... un relojito de oro esmaltado en azul?

SCHI. No.

INS. Bien. Nada más. (Baja la escalerilla. Schimel se coloca detrás del mostrador. Vuelve a subir; de pronto, parándose.) Vaya, buenas noches. (En el mismo momento en que va a salir llaman a la puerta.)

SCHI. ¡Ellos son!

INS. (Contrariado.) ¡Demonio!

SCHI. No conviene que le vean a usted aquí. Si se llegan a figurar... estamos perdidos. (Poniéndose los dedos al cuello.)

INS. Tienes razón. Además, prefiero quedarme. De paso oiré lo que dicen. (Señalando la mesita más próxima al mostrador.) Hazles sentar aquí... (Amenazándole.) y mucho ojo con lo que se hace... (Llaman de nuevo, más fuerte y con impaciencia.) Abre, hombre, abre... que se impacienta la visita.

SCHI. (Gritando.) ¡Ya va... ya va! (Bajo.) Nos jugamos la pelleja... ¡palabra! (Se esconde detrás del mostrador. Schimel después de hacer desaparecer botellas y vasos, tira de un cordón. Se abre la puerta de la calle y entran Luis el Gordo, Dickert, Fingring y Scroettel.)

ESCENA II

DICHOS, LUIS EL GORDO, DICKERT, FINGRING y SCROETTEL

FIN. (A Schimel.) ¡Sí que te cuesta tirar de la cuerda!

SCHI. Dispensar, señor Fingring, me había dormido.

DICK. ¿No ha venido el *Príncipe* todavía?

SCHI. Todavía no.

LUIS Le esperaremos refrescando. ¿Dónde aterrizamos?

FIN. (Señalando la primera mesa de la izquierda.) Aquí.

SCHI. No. Ahí no.

FIN. ¿Por qué?

SCHI. Pues... porque... porque... ahí hay corriente de aire. Aquí estarán ustedes mejor. (Seña-

lando la de la derecha.) Aquí hay más luz... (Se sientan los cuatro hombres.) ¿Qué va a ser?

DICK. Un doble, con patatas.

FIN. A mí queso de Holanda y vermouth con aceitunas.

LUIS (Riendo.) ¿Estáis con la dispepsia? (Remedándole.) Un doble con patatas. Queso de Holanda y vermouth... ¡Qué remilgos! ¿Por qué no piden las señoritas chocolate con bizcochos? (A Schimel.) A mí un salchichón. Un salchichón entero... con un par de huevos duros... Y jamón... un jamón entero... con un par de huevos duros... Y un tarro entero de Ginebra...

SCHI. ¿Con otro par de huevos duros?

LUIS Naturalmente... Y para postre... ¿qué porquerías tienes para postre?

SCHI. Almendras tostadas... Pera en compota...

LUIS (Dudando.) ¿Almendras?... ¿Compota?... (Decidiéndose.) Bueno, tráete una fuente de patatas guisadas. ¡Anda, pedazo de bestia! (Schimel vase por la derecha.)

ESCENA III

DICKERT, LUIS EL GORDO, FINGRING y SCROETTEL

DICK. (A Luis el Gordo.) ¡Ya se ve que te cuidas!... Y ya se ve que el *Príncipe* es quien paga.

LUIS Por supuesto.

DICK. (Frotándose las manos.) La verdad es que nos ha caído buena breva con ese tío. Desde que le conoce uno no se priva uno de nada.

FIN. (Sombrío y desconfiado.) A lo mejor se os cortará la racha... Me da el corazón que ese *Príncipe* nos ha de traer la negra.

SCRO. (Alzando los hombros.) Tú siempre amargándonos la digestión.

LUIS (A Fingring.) Verdad. Ahí tienes tú un bello sujeto; en quince días no ha hecho más que proporcionarnos negocios... y tú aún sin soltar la escama.

FIN. No.

DICK. ¿Y por qué?

FIN. ¡Yo qué sé! Pero no puedo remediarlo. Yo desconfío.

SCHI. (Entra trayendo una bandeja.) La cena para los señores.

FIN. Lo primero: ¿quién es ese caballero? ¿De dónde ha salido? ¿Alguno de vosotros le conoce?

DICK. Se le conoce y no se le conoce.

LUIS (Con la boca llena.) Que es como si se le conociera.

FIN. Claro. Y porque una noche se dejó caer por aquí con los bolsillos abarrotados de billetes todo Dios nos pusimos a sus órdenes. Pues somos unos idiotas.

LUIS Tú serás muy idiota, pero aquella noche te emborrachaste a su salud y te comiste un barreño de salchichas.

FIN. Pero luego he reflexionado.

DICK. Con la tripa llena eres tú muy sensato.

FIN. Pues a mí no hay quien me lo quite de la cabeza; es muy sospechoso eso de no querernos decir cómo se llama ni qué hace durante el día. ¿Y ese modo que tiene de mirar con los ojos diez metros para delante, como si estuviera en éxtasis?

LUIS (Tragando siempre.) Pues vaya una razón. Si es así, es porque sopla mucho.

DICK. Tú lo dices. Es un alcohólico. Como el difunto Wisler, que nunca estaba en sus cabales Pues eso.

FIN. (Sin dejarse convencer.) Pues os digo que no. Habla siempre demostrando que no pierde el sentido, ¿sabéis? Tú, Gordo, ¿cuando has cargado, discurres?

LUIS (Riendo) ¡Como una pelota!

(Dickert y Scroettel se ríen con grandes extremos.)

FIN. (Furioso, dando golpes sobre la mesa.) ¡No seáis brutos! .. ¡No es para tomarlo a risa! (Luis el Gordo da unos gruñidos y se vuelve a poner a comer. Fingirng come tambien.) ¿Queréis más?

LUIS Sí, que traigan más queso.

FIN. No. Si digo que hay más todavía, más motivos para hacernos desconfiar.

DICK. Pues habla claro, hombre.

FIN. (Categóricamente.) Que lleva las manos muy limpias.

LUIS (Riendo.) ¿Qué quieres? Los hay que les gusta lavarse.

FIN. (Riendo.) No, no es eso. Ya me entendéis... Yo también soy limpio... Y vosotros también lo sois... Pero no es eso... El es limpio, limpio, limpio... Ya me entendéis.

DICK. Pues bueno. Eso no prueba más que hace poco que está en el oficio. Debe ser algún empleado que rebaña la caja... o algún periodista que viene aquí a instruirse.

LUIS (Con aplomo.) No. Un periodista te aseguro que no es.

DICK. ¿Por qué?

LUIS Porque tiene dinero. (Todos ríen.)

FIN. Que se os quite de la cabeza. Ese no es de los nuestros. (Con intención, mirando a Scroettel.) Y milagro será que no sea un policía... como muchos que quieren no parecerlo...

LUIS Fingring, no sabes lo que te dices. Y si tiene un aire así como de chiflado, es porque se emborracha. Y nada más. (Aprobación general.)

FIN. Me alegraré de equivocarme. Pero... si no me equivoco... por mi corazón... ¿sabéis lo que le hago?

LUIS Toma, ¿pues y yo?

DICK. (A Luis el Gordo.) ¿Qué es lo que le ibas tú a hacer?

LUIS (Poniéndose en pie.) ¿Que qué le haría?... ¿Queréis saberlo?... (Cogiendo una patata con el tenedor y llevándosela a la boca.) ¡Mascarlo como a esta patata!

(Schimel, que está detrás del mostrador, hace un movimiento de miedo y rompe una botella.)

SCHI. (Vivamente.) ¡Nada... no es nada! (Llaman a la puerta. Schimel tira del cordón.)

DICK. Ahí están las señoras.

ESCENA IV

DICHOS, ELSA y CARLINA

DICK. Buenas noches, Elsa.

FIN. Buenas, Carlina.

LUIS (Cogiendo por el talle a Elsa.) Ven aquí, paloma... Schimel, tráete *choucroute*, salchichas y vino blanco para todos.

SCHI. Va en seguida.

DICK. ¿Y a dónde habéis metido a la Roja?

ELSA ¿Myrka? Ahí viene.

CAR. Se ha quedado en la esquina conferenciando con uno. Ya está aquí.

ESCENA V

DICHOS y MYRKA

MYRKA (Cerrando tras sí la puerta.) Salud... ¡Bueno! (Al ver que todos la miran.)

LUIS Mal vino traes, Roja.

MYRKA El que puedo. Cuando se tiene el oficio que una tiene no es para estarse siempre muriendo de gusto.

CAR. Miren la señora Marquesa. Le da por la aristocracia. ¡Es muy poética!

ELSA Vamos, hija, hay que conformarse.

CAR. Hasta los jorobados se conforman.

OTRA Tiene a menos rozarse con nosotros...

LUIS Pero luego viene el Príncipe y se le bajan los humos.

MYRKA Bueno, ¿y qué? ¿Queréis dejarme en paz?

CAR. ¡Qué graciosa! ¿Pues no la da vergüenza?

ELSA No es ninguna deshonra.

(Todos ríen.)

MYRKA (Enérgica.) Claro que no. Y si sigo viniendo aquí es por él... ¡sólo por él!... ¿lo sabéis ya? Bueno, pues hablemos de otra cosa.

CAR. ¡No te enfurruñes, mujer!

ELSA ¡Ya sabemos que tú picas muy alto!

LUIS No se te puede gastar una broma.

DICK. Un poco de vino blanco, a ver si se te pasa el soponcio.

MYRKA Venga. A vuestra salud.

(Beben. Llaman a la puerta de la calle.)

FIN. Ahí está.

DICK. Sí, sí. Es él

LUIS (A Schimel) Abre pronto.

(Schimel tira del cordón. Entra Hallers y cierra la puerta. Viene vestido como al final del primer acto.)

ESCENA VI

DICHOS y HALLERS

TODOS (Menos Fingring.) Buenas noches, *Príncipe.*

HALL. (Con acento vago.) Buenas noches. (Se detiene en lo alto de la escalera llevándose la mano a la frente con el gesto del que trata de coordinar las ideas. Vacila un instante.)

FIN. (Aparte.) Ya empezó la pantomima.

LUIS (A media voz.) Vendrá también bebido.

DICK. A éste acabará por darle el *delirium tremens.*

(Nueva pausa. Hallers continúa un momento como extraviado. Luego recobra el aplomo.)

HALL. Os he dicho que no habléis todos a la vez. (A Myrka) Tú, Roja, buenas noches.

MYRKA (Con mal humor.) Buenas noches.

(Pausa.)

HALL. (Contándolos.) ¡Luis el Gordo! ¡Dickert! ¡Fingring! ¡Scroettel! Estáis todos. ¡Bien! ¡Muy bien! La puntualidad es la cortesía de los reyes... y de los mendigos, por lo que veo.

(Se miran todos con admiración. Hallers baja.)

DICK. (A media voz.) ¡Puñales, qué bien habla este tío!

LUIS Como un senador.

HALL Tengo un negocio para esta noche.

TODOS (Alegres.) ¡Ah, ah!

HALL No; es pronto todavía. (A Myrka.) Oye, tú... Acércate.

TODOS ¡Ah!

HALL (Llamando.) ¡Schimel!

SCHI. ¡Presente!

HALL Sírveles lo que pidan. Yo pago.

LUIS (Entusiasmado.) ¡Eso es un hombre! ¡El paga!

TODOS (Menos Fingring y Myrka.) ¡Viva el *Príncipe!*

HALL (Imperiosa y bruscamente.) ¡Silencio!

SCHI. (Aparte.) Viva el Príncipe... ¡Si estaremos en palacio!

DICK. ¡Vaya un gesto!

LUIS Lo que yo os digo. Es una fiera. ¡Hay que dejarse llevar por él! ¡El paga!

(Le dicen en voz baja lo que quieren. Mientras tanto

Myrka se acerca a la mesita pequeña. Hallers y Myrka se sientan vis a vis. Hallers le acaricia la mano mientras la mira con arrobamiento.)

MYRKA (Después de una pausa.) ¿Eso es todo?... ¿Todo lo que tienes que decirme?

HALL. Déjame que te mire... mucho, mucho... sin decirte nada.

MYRKA (De mal humor.) Si no hay cosa que más te guste...

(El pónese de nuevo a contemplarla.)

HALL. Dime, ¿qué es lo que te pasa? ¿Es que sólo te gusta mirarme? ¡Habla! ¿Qué tienes?

MYRKA (Decidiéndose.) Tengo... que no me tienes contenta.

HALL ¿Y por qué?

MYRKA Porque también hoy me has engañado. ¿Por qué no has acudido a la cita que me diste?

HALL (Sorprendido.) ¿Yo te he dado una cita? ¿Yo?

MYRKA Tú. Aquí mismo. Demasiado lo sabes. Me he pasado dos horas esperándote, tiritando... ¡Qué frío hacía! ¡Y no has venido!

HALL. (Muy asombrado.) Pues yo no me acuerdo de haberte dado esa cita... ¿Estás segura?

MYRKA ¡Que si estoy segura! No te digo que fué aquí mismo, anoche...

HALL. (Recordando.) ¡Ah, sí... sí!... ¡Ahora lo recuerdo! (Con sinceridad.) Sí... y no recuerdo haber ido... Es verdad... Pero, ¿qué he hecho yo este mediodía?

MYRKA Comprenderás que no soy yo quien puede contestarte.

HALL. ¡Es curioso! Por más que hago, no puedo acordarme. Es una fatalidad esta memoria mía... No acordarse al cabo de unas horas de lo que... (Quiere beber, pero Myrka le quita el vaso.)

MYRKA Es que bebes demasiado.

HALL. (Obstinándose.) Pero, ¿dónde me he metido yo este mediodía?

MYRKA No te irrites ahora tratando de recordarlo.

HALL. ¡Es desesperante! De todos modos, Myrka, quiero que me perdones... Y que te persuadas de que si falté a mi palabra ha sido sin querer.

MYRKA Sí, sí..

HALL. Y para probarte que sólo he pensado en ti... ¡Vas a ver qué bonito regalo te traigo!

MYRKA (Contenta.) ¿Me traes un regalo? ¿Para mí? ¡Dámelo pronto!

HALL. ¡Espera, espera! ¿Me hás traído tú lo que te pedí?

MYRKA ¿Mi retrato?

HALL. Sí.

MYRKA Ahí lo tengo... en mi bolso.

HALL. Dámelo.

MYRKA (Dándoselo.) ¡Toma!

HALL. (Mirando el retrato.) ¡Ah! Eres tú... tú misma... ¡Qué bien estás! (Encantado.)

MYRKA ¿Me encuentras parecida?

HALL. Sí, mucho. Pero tú eres aún más bonita, más misteriosa.

MYRKA ¡Adulador!

HALL. Eres tú, sin tu mirada; como una flor sin el perfume... ¡Qué preciosa eres, Myrka, y qué extraña.

MYRKA ¿De veras?

HALL. Tú no puedes imaginar, Myrka mía, qué profunda emoción experimento al contemplar cada noche la llamarada de tus cabellos... Me gusta mirarlos tan rojos... Me anamora imaginar que son ellos los que iluminan la taberna para que pueda yo contemplar en tus ojos el imperio de tu mirada. (Inclinándose hacia ella.) Y cuando, más que verlos, los respiro, es como si un incendio devorase mi alma y me parece tener un corazón nuevo no cansado de latir...

MYRKA (Gozosa.) ¡Embustero!

HALL. Y tu imagen desvanece en mi memoria el recuerdo de toda otra mujer.

MYRKA ¡Qué bien hablas cuando quieres!...

HALL. Tú eres la primera... la única mujer que yo he querido, Myrka la Roja. (La atrae hacia él, la rodea el cuello con el brazo y la besa con violencia.)

MYRKA Déjame... que me haces daño. (Hallers la estrecha con pasión. Gritando.) ¡Ay! ¡Salvaje! ¡Bárbaro! ¡Que me ahogas!

APACHES ¡Príncipe! ¿Qué es eso? (Acuden a separarlos.) ¡Miren el hombre fino!

LUIS *Príncipe*, con las damas hay que ser galante.

HALL (Inmóvil.) ¡Basta!

LUIS Es que...

HALL ¡He dicho que basta!

LUIS / DICK. (Refunfuñando y marchándose hacia su mesa.) ¡Bueno, bueno!

FIN. (Lo mismo.) ¡Vaya un modo de tratarnos!

LUIS ¡Qué quieres! Es el jefe. El que paga, pega. (Vuelven todos a su mesa. Hallers ha quedado inmóvil, con el pensamiento ausente, obsesionado. Se pasa dos o tres veces la mano por la frente sin dejar de mirar a Myrka.)

FIN. (Agresivo.) Más valiera que dejara en paz a Myrka y nos dijera ya lo del negocio.

LUIS Ten paciencia, hombre... Tiene antes que expansionarse, y cada cual se expansiona a su modo; déjale, déjale.

HALL Roja, perdóname.

MYRKA ¿Por qué estás así esta noche? La verdad, te pones a veces como loco. (Viendo que Hallers se venda la mano con un pañuelo.) ¿Te has hecho daño?

HALL. No es nada.

MYRKA Sí.. Un rasguño... toda la mano arañada.

HALL Te digo que no.

MYRKA No quiero que seas tan brusco. Me das miedo, ¿sabes? ¿Me prometes ser buen chico?

HALL. Perdóname, Roja... y te daré el regalo que te he traído. Pero dime antes que no me guardas rencor.

MYRKA ¡Si no te lo puedo guardar!

HALL (Sacando del bolsillo el reloj de Inés.) ¡Entonces... mira, mira!

MYRKA (Muy contenta.) ¡Un reloj y una cadena! ¡Qué ganas tenía de tener uno así! (Al mirarlo lo reconoce y lanza un grito.) ¡Ay!

HALL. (Vivamente.) ¿Qué te pasa?

MYRKA No quiero ese reloj. Te lo guardas tú si quieres. (Se lo devuelve.)

HALL. ¿Y por qué?

MYRKA Porque lo conozco... y sé de dónde viene.

HALL (Tratando de recordar.) ¿Qué estáis ahí diciendo? ¿Que tú sabes de dónde viene ese relojito?

MYRKA Sí.

HALL. ¡Ah!... Bueno, pues tómalo... Soy yo quien te lo regala.. (Enseñándoselo) ¡Mira, mira qué bonito! ¡Y cómo brilla!

MYRKA (*Enérgicamente.*) ¡No lo quiero, no lo quiero, no lo quiero!

HALL. Pero, por qué, ¿vamos a ver?

MYRKA. Porque ahora ya sé yo quién es usted... (*Con intención.*) ¡Hallers! El señor Fiscal Frantz Hallers!

HALL ¡Otra vez esa historia!

MYRKA (*Insistiendo.*) Sí... sí, es usted, ¿verdad? ¡Es usted! Diga usted que sí.

HALL. Ya volvemos a empezar.

MYRKA No: lo que es ahora no te atreverás a negar...

HALL Te repito que estás loca.

MYRKA No estoy loca, no. Sé bien lo que me digo. La primera noche que vino usted aquí, hace quince días, me impresionó el parecido... Estuve a punto de delatarle... Pero me miró usted de un modo tan extraño que no me atreví. Y sin dejar de mirarme se acercó usted y me habló... con una voz que no era la de usted... con una voz que yo no conocía y muy distinta de aquella que tenía usted cuando me acusaba ante el tribunal. Me dijo usted cosas amables, afectuosas... Y entonces, llegué a dudar... y creí que me engañaba... Hacía tanto tiempo que nadie me hablaba así, con dulzura, con bondad, que ya no pensé en delatarle. Y le escuché embelesada... ¿Qué mira usted?

HALL. ¡Tus labios!

MYRKA (*Sacando el pañuelo.*) ¿Me los pinto demasiado? Me lo quitaré... si te disgusta.

HALL. No... no... Me gustan más así. (*La besa.*)

MYRKA (*Con energía.*) ¿Si viera usted qué pena me causó el que usted se enfadara cuando le dije que le había reconocido?

HALL. (*Con energía.*) ¡Lo negué porque es mentira!

MYRKA Se enfureció usted tanto... y negó usted con tal acento de sinceridad... que acabé por creérmelo.

HALL. Bien hecho.

MYRKA Pero en cuanto volvió a hablar usted, me asaltaba la duda con más fuerza: Y me decía: «Se le parece demasiado para no ser él, pero para ser él se le parece poco... Los ojos son los mismos, sí, pero la mirada es otra, y

el modo de andar, y los gestos, y las actitudes... De fijo que si viera un momento juntos al Príncipe y al Fiscal me convencería de que no se parecen en nada...» Y acababa diciendo: «Estoy rematadamente loca».

HALL. ¡Mujer!

MYRKA Me he equivocado. Pero ahora, después de lo que acaba usted de hacer esta noche, trayéndome el reloj de la señorita Inés para que me lo cojan encima, como la otra vez... ¡Ah, lo que es ahora ya no hay duda ninguna. (Excitándose cada vez más.) Usted es Franz Hallers... el Fiscal... ¡sí, sí, sí!

HALL. ¿Pero, qué hablas? ¿Qué dices?

MYRKA (Llora.) ¿Por qué se ensaña usted con una infeliz mujer? Yo no le he hecho a usted ningún daño. (Llorando.) ¿Por qué quiere usted perderme... a mí que había acabado por amarle... a pesar del mal que usted me ha hecho?... ¿Por qué? ¿por qué? (Solloza apoyada brazos y cabeza sobre la mesita.)

DICK. (A los demás, señalándoles a Myrka y Hallers.) Me parece que se expansionan demasiado.

LUIS Por nosotros... ¡Allá ellos!

HALL. (Como queriendo ordenar sus ideas.) Mira, Roja. Siento que te pongas así por mi culpa... Pero te juro que no te entiendo.

MYRKA (Insistiendo.) Pues si no es usted Hallers, el Fiscal, el Fiscal, ¿quién es usted?

HALL. ¡Qué!

MYRKA Sí, ¿quién es usted?

HALL. ¿Que quién soy yo?

MYRKA Sí... contésteme usted. No es tan difícil.

HALL ¿Que quién soy yo?

MYRKA Sí.

HALL Acabas de preguntarme una cosa que yo mismo no me lo he preguntado jamás!

MYRKA (Inquieta.) ¿Cómo?

HALL Sí. Por extraño que te parezca, me lo pregunto, y por más que busco en mi memoria (Golpeándose la frente.) y persigo mis pensamientos... no encuentro nada ¡nada! De verdad, ¡yo no sé quién soy! Dime, Roja, ¿cuándo vine yo aquí la primera vez?

MYRKA (Temblando.) Hace... unos quince días.

HALL. ¿Quince? Sí... Ya lo recuerdo. Entré una noche al azar... Tú estabas ahí en esa mesa. (*Señalando a la que ocupan los otros.*)

MYRKA Sí.

HALL. Yo me senté aquí y te llamé.

MYRKA Sí.

HALL. También recuerdo lo que he hecho después por las noches... Pero, durante el día...

MYRKA ¿Qué?

HALL. Lo que he hecho durante el día ¡no lo recuerdo!

MYRKA ¡Ah!

HALL. Estoy viendo lo que hice anoche y anteanoche... y la anterior... todos hasta quince... pero ¿y antes? ¡El vacío, la nada!

MYRKA ¡Qué locura!

HALL. Tienes razón, Roja. En mi cabeza hay algo que no rige normalmente. No se pierde así, de un golpe, la memoria a mi edad... Porque yo no soy viejo todavía. ¿Cuántos años crees tú que tengo yo?

MYRKA (*Asustada y vacilando.*) ¡Qué sé yo! Unos cuarenta.

HALL. No sé. (*Pausa.*) No sé. (*Otra pausa.*) Sólo encuentro recuerdos de quince días. (*Con forzado buen humor.*) ¡Es gracioso! ¿No te parece a ti original? Ser uno hombre y no tener en mi cerebro más ideas que un niño de quince días! (*Se echa a reir angustiosamente. Va a beber de nuevo.*)

MYRKA (*Quitándole el vaso.*) ¡No beba usted más! ¡Bebe usted demasiado!

HALL. Es posible. (*Pausa.*)

MYRKA (*Afectuosamente.*) Voy a ayudarle a usted a recordar... Me dá pena verle a usted así. ¿Quiere usted que probemos?

HALL. Sí... sí...

MYRKA A ver... ¿Sabe usted dónde está la calle de la Catedral?

HALL. Por ella he pasado al venir aquí.

MYRKA Pues en la calle de la Catedral hay una casa... un hotelito aislado... con jardín... rodeado por una verja de hierro.

HALL. Sí... en efecto.

MYRKA Lo sé, porque estuve ahí sirviendo... (*Pensando las palabras.*) en casa de unos señores que usted conoce... ¡los hermanos Arnoldy!...

¿Conoce usted al señor Arnoldy y a su hermana Inés?

HALL. ¡No!

MYRKA ¡Busque, busque usted bien en su memoria!

HALL. No. ¡Jamás oí pronunciar esos nombres!

MYRKA ¿Jamás?

HALL. ¡Jamás!

MYRKA (Nerviosa.) ¿Y tampoco conoce usted a las personas que viven en esa misma casa... en el entresuelo?

HALL. ¿Quiénes son?

MYRKA (Nerviosa:) El... Fiscal señor Hallers... y su hermana. ¡La señorita Emmy!...

HALL. (Impaciente.) ¡Que no! ¡Ya te he dicho que sólo a ti te he oído pronunciar ese nombre!

MYRKA ¿Sólo por mí?

HALL. ¡Unicamente! (Fatigado por el esfuerzo que ha hecho para pensar) ¿Por qué te obstinas en insistir? Se diría que quieres embrollar mis ideas. (Excitándose.) ¡Siempre la misma manía! ¡Qué empeño en que yo sea el Fiscal Hallers! Te digo que no y eso te debía bastar.

MYRKA (Picada.) Bien... bien... Yo lo hacía por servirle a usted... pero puesto que le molesta...

HALL. Gracias a Dios... (Cambiando de tono.) ¿Quieres el reloj o no?

MYRKA ¿Otra vez?

HALL. Tómalo... Anda... Tómalo... ¡Tómalo!

MYRKA (Decidiéndose bruscamente.) ¡Venga! (Se lo guarda en el bolso.)

HALL. (Levantándose. A los otros.) Y ahora, hablemos de las cosas serias.

MYRKA (Reteniéndole.) Tiempo tiene usted... (Corrigiéndose.) ¡Tiempo tienes! No me gusta verte metido en esos negocios. Temo que un día te pase algo malo.

HALL. No seas tonta.

MYRKA (Valiéndose de este pretexto para tener recogido a Hallers de una mano.) Además, mira cómo llevas la americana... Toda rota. No puedes irte a la calle así... Espera, aquí tengo hilo y aguja... (Lo saca del bolso.) Verás.

HALL. (Quitándose la americana y arrojándosela.) Bueno.. Cósela... pero pronto.

MYRKA ¡Oh! (Hace un gesto de contrariedad y se dispone a zurcir mientras Hallers habla con los otros.)

HALL. (En mangas de camisa.) Vamos, Dickert, Luis y Fingring. (Con cara de satisfacción.) Os he dicho que se ha presentado trabajo para esta noche... ¡Un buen negocio! Pero sepamos antes con quiénes cuento.

LUIS ¡Conmigo!

DICK. ¡Y conmigo!

SCRO. (Tras ligera vacilación.) ¡Y conmigo!

HALL. (A Fingring.) Y tú, Fingring, ¿no dices nada?

FIN. (Con la vista baja.) Digo que yo no trabajo más.

HALL. ¿Por qué?

FIN. Porque he perdido la confianza.

HALL. (Sorprendido.) ¿Que has perdido la confianza dices? ¿En quién? En mí supongo que no será... ¿por qué callas?

FIN. (Viendo sonreir burlonamente a Scroettel.) Escucha, Príncipe. Yo he dicho de ti cosas que no había hecho bien en decir...

HALL. ¿Cómo?

FIN. No hay que tomarme tirria... Yo soy así de natural, ¿sabes? Algo desconfiado. Hasta mi sombra me parece un policía... Y mira, *Príncipe*, si he hablado mal de ti, es porque a veces se amontona uno... pensando que hay traidores... (Scroettel retrocede un poco.) que parece que no lo son.

HALL. ¿Qué quieres decir? (Vivamente.)

FIN. Pues que entre nosotros hay un traidor y que ese traidor... (Levantándose bruscamente y señalando a Scroettel.) ¡es este, el *Lagartija!*

SCRO ¿Yo?

FIN. No quieras taparte ahora. ¡Te he visto yo! ¡Entrabas en la Comisaría con ese canalla de Weigert, el comisario! (Schimel, pensando en el Comisario que está oculto detrás del mostrador, derriba dos o tres botellas.)

SCHI. No, nada... ¡No ha sido nada!

HALL. (A Scroettel.) Tú, ¿qué contestas?

LOS OTROS (Amenazando con los puños al «Lagartija».) ¡Contesta, bandido! ¡Miserable!

SCRO. ¡Pues, sí! He ido a la Comisaría.

TODOS (Con rabia.) ¡Ah!

SCRO. (Vivamente.) Pero no a lo que vosotros os pensais, sino a darle un soplo falso para alejarle, (A Hallers.) porque tú nos dijiste anoche

que hoy trabajaríamos en la calle de la Catedral.

FIN. ¡A mí eso no me pasa de los dientes!

SCRO. (Amenazador.) ¡Repítelo, y te lo haré yo pasar con dientes y todo!

FIN. Repetido está. ¡Tú a mí no me metes miedo!

SCRO. ¡Ni tú a mí!

FIN. ¡Bandido!

SCRO. ¡Canalla! (Se acometen, luchan. Luis el Gordo y Dickert tratan de separarlos. En el tumulto empujan el mostrador que se vuelca, y el Inspector, oculto detrás de él, surge de repente. Todos se quedan pasmados. Schimel ahoga un grito, pero el Inspector, boca abajo, permanece en la inmovilidad más completa, como si estuviese muerto.)

TODOS ¡Un hombre!

ESCENA VII

DICHOS, y al final WEIGERT y los POLICIAS

HALL. (Acercándose al Inspector.) ¡Hola, jovencito! Así quería yo cogerte; escuchando detrás de un mostrador. (Con imperio.) ¡Levántate! (Viendo que no se mueve.) ¿Qué, te has quedado sordo de tanto oir? (Sigue inmóvil. Hallers se le acerca más.)

FIN. No se mueve.

DICK. ¡Parece muerto!

HALL. Parece, nada más. (Amenazando á Schimel.) ¿Quién es este hombre?

SCHI. (Balbuciente.) Pues... yo... yo... no lo sé.

HALL. ¿Por qué tiemblas?

SCHI Si es que... si no tiemblo...

HALL. Entonces, contesta... ¿Quién es ese hombre?

SCHI. Ya.... ya digo que no lo sé... Sin duda algún borracho... Habrá caído sin que yo lo viese.

HALL. ¿Un borracho?

SCHI. Sí... ¿quién va a ser si no?

HALL. (Mirándole a los ojos.) ¡Un policía!

SCHI. (Defendiéndose.) ¡Oh!

HALL. ¡Ea, vamos a ver si está borracho o no lo está! (A los otros.) Levantadle y ponedle aquí... de pie contra el muro. (Sacando un cuchillo.) A ver si le despeja este frasco de amoniaco.

MYRKA (Precipitándose para contenerle.) ¿Qué vas a hacer?
HALL. ¡Clavarle el cuchillo en la barriga! ¡Quiero ver lo que tiene dentro!
TODOS (Menos Scroettel.) ¡Eso! Muy bien.
MYRKA ¡No! ¡Eso no! ¡Eso es imposible! ¡Matar a ese desgraciado!
HALL. ¡Tú, a lo que te importa!
MYRKA ¡Por Dios!... se lo suplico a usted, ¡por Dios!
HALL. (A los demás.) Bueno, ¿está ya?
DICK.
LUIS ¡Listo! ¡Ya!
FIN.

(Han puesto al Inspector de pie, contra la pared y lo sostienen; así conserva la inmovilidad más completa. Tiene todas las apariencias de un cadáver. Su cabeza cuelga sobre el hombro. Reina un silencio absoluto durante unos instantes en que Hallers se prepara a empuñar el cuchillo fuertemente)

HALL. Contaré hasta tres.
LUIS (Vivamente.) ¡Apunta bien!
HALL. ¡Descuida! (Contando.) Una... dos..
DICK. (Entre dientes) ¡Pues no se mueve!
HALL. ¡Y tres! (Va a lanzar el puñal al vientre del Inspector, pero en el mismo instante, mientras Mirka sujeta el brazo de Hallers, se oye llamar violentamente a la puerta de la taberna.)
UNA VOZ (Dentro.) ¡Abrid en nombre de la ley!
TODOS (En voz baja.) ¡La policía! (Dickert, Luis el Gordo y Fingring sueltan al Inspector, que cae a tierra como un cuerpo muerto.)
HALL. (Muy dueño de sí.) ¡Calma, amigos! ¿A qué viene ese miedo? Han sabido que estábamos aquí y vienen a cogernos. ¡Cosa más natural!
WEIG. (Dentro.) ¡En nombre de la Ley, abrid al comisario Weigert!
HALL. ¡Schimel, la trampa! (Schimel vacila un segundo o dos. Después se decide a abrir la trampa que habrá en mitad de la escena. A los otros.) Vosotros, pasad delante y mucha calma... (Se precipitan todos, empujandose) Las mujeres primero. (Se pone la americana, que le devuelve Myrka.)
WEIG. ¡Abrid en nombre de la ley! (En este momento se oye un crugido más fuerte que los anteriores. Hallers se precipita a la trampa para huir, pero el Inspector se pone en pie de un brinco y se ase por detrás al cuello de Hallers.)

INS. ¡No corras tanto, galán!

HALL. (Queriéndose desasirse.) ¡Ah, canalla, bandido! ¡Policía!... ¡Ya lo sabía yo!

INS. Ya eres mío... esta vez no te me escapas...

HALL. ¿Crees que no? (Luchan. Se oye a la policía empujar cada vez con más ímpetu la puerta, pronta a ceder. Se oye también ladrar a los perros policías. Con la mano que le queda libre, saca Hallers un revólver del bolsillo y envía un balazo al quinqué que alumbra la taberna. Obscuridad.)

INS. (Tratando de sujetarle a Hallers, grita:) ¡Socorro! ¡Socorro! (La puerta cede. Un pelotón de policías y Weigert entran en tropel. Vienen todos de paisano, pero en el mismo momento, Hallers ha logrado escurrirse de entre las manos del Inspector, y aprovechando la obscuridad, desaparece por escotillón. Gritos y ladridos de los perros.)

WEIG. (Gritando.) Soy yo... El Comisario Weigert... ¡Encended luz! ¡Pronto! (Todos los policías traen lámparas eléctricas de bolsillo. Las encienden y se produce una claridad relativa.)

ESCENA VIII

WEIGERT, SCHIMEL, INSPECTOR y AGENTES a sus órdenes

INS. (Incorporándose rápidamente.) ¡Maldita sea! ¡Se nos escapa! Schimel, abre pronto. ¡El comisario! ¡Que se nos escapan! ¡Cerraron por debajo! ¡Imposible abrir! (A Weigert.) Ordenen tomen todas las boca-calles próximas.

WEIG. Ya están tomadas. ¿Qué pasa?

AG. P. Hemos cogido a uno de ellos.

SCRO. ¡Bueno, hombre, no empujar!

AG. P. (Reconociéndole.) ¡Dejadle!

SCRO. ¿Lo veis?

AG. P. ¿Qué tienes que decirme, *Lagartija?*

SCRO. Pues el sitio del golpe que van a dar el Príncipe y esos. ¡Es un *chalet* aislado! Un *chalet* rodeado de jardín que hay en la calle de la Catedral.

WEIG. ¿En la calle de la Catedral? Pues allí no hay más que uno. ¡Oh! ¿No me engañas? No hay minuto que perder, muchachos, ánimo. ¡Es el ascenso para todos!

AG. P. (A Scroettel.) Pasa mañana por la Jefatura y cobrarás la prima.

WEIG. Usted aquí hasta nueva orden. ¡Nosotros a la calle de la Catedral?

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

HALLERS, LUIS EL GORDO y DICKERT. La ventana por donde salió Hallers al final del primer acto continúa abierta: la luz de la luna alumbra la estancia. Hallers, siempre vestido de apache, entra por la ventana, llega con precaución al centro de la escena, aplica el oído a las puertas para cerciorarse de que todo permanece tranquilo. Después vuelve rápidamente a la ventana

HALL. (Sacando el cuerpo fuera.) Vamos... entrad... ¡Pronto! (Luis el Gordo y Dickert entran por la ventana como Hallers.)

LUIS (A Hallers.) ¿Es que habías estado ya aquí, que tenías la llave de la verja para entrar?

DICK. ¿Y cómo es que sabes tan bien el camino?

HALL. (Imperiosamente.) Eso a vosotros no os importa.

LOS DOS Es que...

HALL. ¡Que no os importa!

DICK. Bueno, pero no grites, hombre...

HALL. Me revientan las preguntas... ¡Ya lo sabeis! (Enciende una lámpara.)

LUIS (Asustado.) Pero, ¿qué estás haciendo?

DICK. ¿Te has vuelto loco?

HALL. (Muy dueño de sí.) Sólo se dejan pescar los que tratan de ocultarse... Cada uno su sistema... El mío es este.

LOS DOS Sin embargo...

HALL. ¡Obedeced!...

DICK. (Mirando alrededor.) ¡Aquí debe vivir gente gorda!

LUIS Por mi corazón que mañana vamos a salir en los Ecos de Sociedad...

DICK. (Inquieto.) ¡Mira y no salgamos en los sucesos!

LUIS (Idem.) Todo será que al amo se le ocurra despertarse.

HALL. Si se despierta, peor para él. (Haciendo el gesto de apuñalar.) Me molesta que me distraigan cuando trabajo.

LUIS (Admirado.) Este lo hace como lo dice.

DICK. Y lo dice como el que no lo hace... ¡Es mucho tío!

HALL. (Mirando alrededor.) ¡Andando, coged las colgaduras!... Las llenaremos con todo lo demás. (Luis el Gordo y Dickert van a la puerta del fondo a ejecutar las órdenes de Hallers.)

DICK. Bueno... ¿y quién será el amo de esto?

LUIS (Mirando sobre la mesa y leyendo.) Espérate... Voy a ver por aquí... (Estupefacto.) ¿Eh? ¡Digo! Informe del fiscal... Causa por estafa... (A Hallers.) Pero, hombre, ¿nos has metido en casa de un magistrado?

HALL. (Evasivo.) ¿De un magistrado?

LUIS Lo que oyes. Mira aquí si no... (Hojeando papeles y leyendo.) «Comunicación aportada al Congreso de Criminalogía por el fiscal Franz Hallers...»

HALL. ¡Tendría gracia!

DICK. ¿El qué tendría gracia?

HALL. ¡Que fuera esta la casa del fiscal Franz Hallers!

LUIS Y eso, ¿por qué?

HALL. (Misterioso.) Por ciertas cosas que me decía la Roja... No me podeis comprender...

LUIS Pues me alegro de pensar que le estamos limpiando la casa a uno de esos de la justicia.

DICK. Y yo también.

LUIS Y a éste más aún. Tiene fama de bruto...

DICK. Y de ensañarse con los infelices como nosotros que caen en sus manos. (Luis y Dickert se ponen a descolgar los cortinajes de las ventanas

mientras Hallers se dirige a la mesa. Coge maquinalmente un cortapapeles y lo mira, primero indiferentemente, pero luego hace un gesto brusco como si lo quisiera reconocer. Lo mira con mayor atención, le deja y coge su Comunicación al Congreso de Criminalogía. Nuevo movimiento de sorpresa. Frunce el entrecejo. Aviva la mirada. Debe parecer que hace un esfuerzo de memoria. Luego alza la cabeza, se pasa la mano por la frentè y de pronto se fija en el retrato de su hermana Emmy que descansa sobre el caballete. A su vista sufre como una conmoción. Se adelanta unos pasos hacia el retrato y lo mira fijamente. Durante este instante Luis y Dickert han extendido en el suelo los cortinajes y van poniendo encima diversos objetos.)

LUIS (Mirando a Hallers.) ¿Qué miras? ¿Te gusta la señora?

DICK. (A Hallers que está hipnotizado ante el retrato.) ¿Te has enamorado de ella? ¡Se lo diremos a la Roja!

LUIS (Llamándole.) Tú... *¡Príncipe!* ¿Qué es eso, *Príncipe?*

DICK. ¡Pues sí que le ha hecho mucho efecto!

HALL. (Distraído.) Sí... sí... ya voy... (Se pone de nuevo a mirar el retrato.)

DICK. ¡Oye, tú, que no es para tanto!

LUIS (Que ha colocado en los cortinajes los objetos de que iba cargado, dirigiéndose de nuevo a Hallers y cogiéndole por el brazo.) Anda, ven... (Tratan de llevarse a Hallers que se para a titubear como un borracho. Vivamente.) Pero, ¿qué es lo que te está dando?

DICK. (Vivamente.) ¡A ver si te nos pones malo ahora!

HALL. (Cada vez más confuso.) No... No es nada... No es nada...

LUIS ¡Palabra! Me da la noche cuando se pone así.

DICK. ¡Y a mí lo mismo! (En este momento Hallers, que está junto a la mesa, ha puesto involuntariamente la mano sobre la cartera que dejó allí al final del primer acto. La mira y maquinalmente se la guarda en el bolsillo.)

LUIS (Viéndole hacer.) ¡Eh, eh! ¿Qué es eso que te metes en el bolsillo?

DICK. ¡Qué granuja! ¡Se hace el borracho para eso!

LUIS Hemos quedado en ir a la parte... ¡Venga, pues! ¡Suelta el paquete!

DICK. Sí... sí... ¡Escupe lo que sea! (Hallers saca la cartera del bolsillo.)

LUIS (Vivamente.) ¡Una cartera! ¡Y nuevecita! Con tu permiso... (Se la coge de las manos a Hallers y la abre precipitadamente.) ¡Un cheque! (Con disgusto.) ¡No!... ¡Es una factura pagada!

DICK. Otra vez te fijas antes de darle a uno un susto así.

LUIS ¡Ya podía haber esperado a pagarla mañana! (Vivamente.) ¡Ah, billetes de Banco!

DICK. ¿De veras?

LUIS Y nuevos también... ¡Míralos qué planchados! (Contándolos.) Dos... cuatro... seis... ¡hay seis!

DICK. ¡Eso es carne sin hueso!

LUIS Toma, dos para el Príncipe... Dos para ti, Dickert... y para ti dos, (Guardándoselos.) precioso de la casa... Esto se llama repartir con equidad y aseo... La cartera guárdatela tú, *Príncipe*, ya que te había entrado por el ojo... No dirás que no se te trata con mimo...

DICK. Tú naciste para juez... (Mientras los otros guardan los billetes, Hallers mete los suyos en la cartera maquinalmente sin darse cuenta de lo que hace, con la mirada extraviada y el pensamiento ausente.) Y ahora vamos a rebañar lo que haya por el salón.

LUIS Sí... y en el comedor también... (Vanse dejando solo a Hallers. Este, apoyado sobre la mesa, guarda silencio durante unos instantes. Después lentamente vuelve la cabeza y ve de nuevo el retrato de su hermana Emmy. Nueva emoción. Se incorpora, va hacia el caballete y se pone a mirar el retrato como la primera vez. Pero ahora ha de notarse que el pensamiento de Hallers hace esfuerzos por concentrarse. Segundos emocionantes. Después Hallers, como si recobrara al fin curso normal en sus ideas, se lleva rápidamente las manos a los ojos. Parece despertar. Mira a su alrededor como si reconociera confusamente lo que mira y luego con paso automático de sonámbulo se dirige al gabinete de Kleinschen y entra en él Apenas ha entrado reaparecen Luis y Dickert cargados de diversos objetos de arte que depositan sobre las cortinas.)

ESCENA II

DICHOS, menos HALLERS

LUIS (Sorprendido de no ver a Hallers.) ¿Eh? ¿No está aquí ese?

DICK. ¿Dónde se habrá metido? (Ruido en el cuarto de Kleinschen.)

LUIS Alguien va por ahí. (Que ha ido a mirar.)

DICK. Es él... que está haciendo la requisa...

LUIS Oye .. ¿has visto el reloj que hay en el salón? ¡Es magnífico!... Ven... ¡ayúdame a descolgarlo!

DICK. Va en seguida, señorito. (Se oye un pito fuera.)

LUIS (Dando un brinco.) ¿Qué es eso?

DICK. (Muerto de miedo.) No lo sé. (Suena el pito otra vez.) ¡La policía!

LUIS Ven... apaga... No... no apagues .. Les llamaría la atención... (Ruido al exterior. Voces, ladrido de los perros policías a lo lejos.)

DICK. Rodean la casa...

LUIS ¡Nos cogen!

DICK. No. Aún están lejos... ¡Podemos escurrirnos!

LUIS ¡Vamos!

DICK. Pero, ¿y el Príncipe?

LUIS ¡Qué príncipe ni qué rey! ¡Andate con delicadezas y te trincan!

DICK. ¡Achícate todo lo que puedas!

LUIS ¡Si te parece cosa fácil! (Desaparecen por la ventana. Momentos después sale Hallers del gabinete. No es ya el mismo hombre. Se ha vuelto a poner el traje del primer acto. Levita. Con el paso incierto de quien no se ha recobrado todavía por completo, dirígese lentamente a su mesa, se deja caer en el sillón y se vuelve a dormir)

VOCES (Desde fuera.) A esos... ¡Ellos son! ¡Por aquí!... ¡Que se escapan!... ¡A ese! (El griterío aumenta; pasa por debajo de la ventana. Hallers parece no oirlo. En el jardín estruendo de lucha. Ladridos furiosos; se abre una puerta y Emmy, que se ha vestido con la premura del caso, entra horrorizada. Detrás de ella entra Elisa.)

ESCENA III

HALLERS, EMMY, ELISA; después WEIGERT y ARNOLDY

EMMY ¡Franz! ¡Franz!
ELISA ¡Señor! ¡Señor!
HALL. (Despertando poco a poco.) ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
EMMY ¿No has oído ese ruido?
HALL. Sí. ¿Qué sucede?
ELISA Hay ladrones en la casa... He visto a unos hombres corriendo por el jardín.
HALL. (Sorprendido.) ¿Que hay gente en el jardín?
EMMY Son lo menos diez. (Horrorizada.) Pero, ¿qué desorden es este? ¡Todo revuelto!
HALL. ¿Qué significa esto? (Suena el timbre violentamente.)
ELISA ¡Ay, señorita, qué miedo!
WEIG. (Desde fuera.) ¡Soy yo... Weigert!
ARN. (Desde fuera.) ¡Y yo.. Arnoldy!
ELISA (Vivamente.) ¡Ah... es el señor Arnoldy!
HALL. ¡Pronto, Elisa, vaya usted a abrir! (Elisa va a abrir. Entran Weigert y Arnoldy.)

ESCENA IV

DICHOS. WEIGERT y ARNOLDY

HALL. ¿Qué sucede, señor?
WEIG. Pero, ¡cómo, señor fiscal! ¿No ha visto usted nada?
ARN. ¿Ni ha oído usted nada tampoco?
HALL. (Estupefacto.) ¿Ver, qué? ¿Oir a quién?
ARN. ¡Pues a los ladrones!
HALL. (Sin comprender.) ¿Qué ladrones?
ARN. ¡Pues los que han estado aquí!
HALL. (Sin comprender.) Pero, ¿han estado aquí ladrones? Pero, ¿cuándo?
WEIG. ¡Hace un instante!
HALL. ¡No es posible! ¡Si no me he movido yo de aquí!
WEIG. Sin embargo, señor fiscal... Hay un hecho

cierto... ¡Dos de ellos han caído en nuestro poder!

EMMY ¡Alabado sea Dios!

WEIG. ¡Los hemos cogido en el jardín cuando acababan de descolgarse por la ventana!

HALL. ¡Por esa ventana.

WEIG. Sí. Son Luis el Gordo y Dickert... pájaros de cuenta... En cuanto al tercero, porque eran tres... ¡es el *Príncipe!* ¡No lo hemos cogido todavía, pero no se nos escapará, porque he mandado acordonar la casa y están tomadas todas las salidas!

HALL. ¡Bueno, bueno! ¡Precisemos un poco! ¿Dice usted que los ladrones han entrado en esta habitación?

WEIG. Sí, señor fiscal.

HALL. Pero lo repito. ¿Cómo quiere usted que eso sea si yo no he abandonado mi mesa de trabajo?

WEIG. (Señalando el desorden que reina en la escena; los objetos amontonados sobre los cortinajes.) ¿Y esto?

ELISA ¡Y yo que los he visto en el jardín cuando los perseguían!

EMMY ¡Yo no los he visto... pero les he oído! ¡Qué gritos tan espantosos! (Pausa. Weigert y Arnoldy reflexionan sin comprender.)

WEIG. ¿Está usted seguro, señor fiscal, de no haber abandonado esta habitación?

HALL. ¡En absoluto! Cuando os fuísteis vosotras (A Elisa y Emmy.) a dormir yo me quedé aquí trabajando... ¿No es cierto, Elisa?

ELISA En efecto, señor.

WEIG. / ARN. ¿Y después?

HALL. Después... no sé.. No me acuerdo de nada... Debe haberme sorprendido el sueño bruscamente como me suele pasar.

WEIG. ¿Y no oyó usted ningún ruido?

HALL. Nada absolutamente.

ARN. ¡Es muy extraño!

WEIG. Yo me lo explico así... Esa gente conoce bien sus costumbres, señor fiscal .. Han esperado que la fatiga le rindiese a usted... Le expiaban por la ventana. Cuando se durmió usted entraron y le hicieron aspirar algún narcótico...

HALL. Puede que tenga usted razón... Porque la verdad es que me encuentro como embotado... Siento en mí algo anormal...

EMMY ¡Miserables! ¡Miserables! (Aparece en la puerta el policía Ayudante de Weigert.)

WEIG. Aquí viene uno de mis subordinados. (El Agente entra.)

ESCENA V

DICHOS. El AYUDANTE DE WEIGERT. Después un AGENTE de paisano

WEIG. ¿Ha dado usted con el Príncipe?

AYUD. No señor... Todo lo hemos mirado bien... Y nada. El Príncipe no parece por ninguna parte.

WEIG. ¡Es chocante! (Pausa.) ¿Mandó usted registrar a Luis el Gordo y a Dickert?

AYUD. Yo mismo los registré, señor Comisario.

WEIG. ¿Qué ha encontrado usted?

AYUD. Luis el Gordo, no llevaba nada importante...

WEIG. ¿Y Dickert?

AYUD. A Dickert se le encontraron dos billetes de cien marcos, completamente nuevos. (Se los entrega a Weigert.)

WEIG. ¿Nada más?

AYUD. Nada más.

WEIG. Pues es inexplicable... Esos granujas entraban aquí cuando llegamos... Hemos visto sus siluetas por la ventana... El Príncipe no ha podido escapar sin que le viéramos porque están bien guardadas todas las salidas.

AYUD. Nos habremos equivocado sin duda, señor Comisario... Eran dos en vez de tres... El *Príncipe* se habrá limitado a indicarles la operación.

WEIG. ¡Es posible! (Llaman a la puerta del fondo.) ¡Adelante! (Entra un Agente.) ¿Qué hay?

AG. P. (Adelantándose.) Acabamos de encontrar estos dos billetes en el jardín... (Se los da a Weigert.)

WEIG. ¡Ah! ¡Ah!

AG. P. Estaban un poco más allá del sitio en que se detuvo a Luis el Gordo.

ARN.	Los habrá arrojado él viéndose perdido.
WEIG.	(Examinando los billetes.) ¡Vaya, vaya! ¡Otros dos billetes!... ¡también de cien marcos y nuevos como los otros dos! (A Hallers.) ¿Llevaba usted encima billetes de Banco, señor Fiscal?
HALL.	En efecto. Mi Secretario fué esta tarde al Banco a cobrar un cheque de seiscientos marcos...
WEIG.	(Radiante.) ¡Seiscientos! Eso lo aclara todo... y prueba de un modo evidente que los ladrones son tres y no dos...
HALL.	¿Y eso por qué, amigo Weigert?
WEIG.	Está muy claro Los ladrones se repartieron el dinero. A Dickert se le han cogido doscientos marcos... A Luis el Gordo otros doscientos, son cuatrocientos. Pero el señor Fiscal tenía seiscientos marcos en la cartera... Hay, pues, un tercer cómplice que se ha guardado su parte; los docientos marcos que faltan ¡Y ese cómplice es el *Príncipe!*
HALL.	¡Diantre!
WEIG.	(En tono que no admite réplica.) ¡Aquí han entrado tres hombres! Les hemos echado el guante a dos de ellos. ¡Necesito que se detenga al tercero! Vamos pronto.
AYUD.	(Con un gesto de desaliento.) ¡Está bien, señor Comisario! (Saluda y vase seguido del Agente.)

ESCENA VI

HALLERS, WEIGERT, ARNOLDY, EMMY, ELISA

HALL.	¿Pero aún no le he preguntado a usted cómo han logrado esos bandidos entrar aquí?
WEIG.	¡Muy sencillamente! Por la puerta del jardín.
HALL.	(A Elisa.) ¿No había cerrado usted, Elisa?
ELISA	Sí, señor. Y luego le entregué a usted la llave. ¿No lo recuerda el señor?
HALL.	Sí, sí; lo recuerdo.
WEIG.	¡Pues esa gente tenía otra llave! ¡Esta que hemos encontrado puesta en la cerradura! (Se la entrega.)
HALL.	(Grito de sorpresa.) ¡Ah!

WEIG.
ARN. } ¿Qué pasa?

HALL. ¡Que esta no es otra llave! Es mi propia llave. La reconozco por el llavero... (A Elisa.) Mírela usted, Elisa.

ELISA ¡Es verdad! Es la llave del señor...

EMMY Yo misma le puse ese llavero.

WEIG. ¿Y no tenía usted dos llaves iguales... o parecidas?

HALL. (Registrándose.) No... Yo creo que no... Pero suponiendo que así fuera, yo tendría en el bolsillo mi llave... ¡Y no la tengo!

ELISA El señor se la puso ahí .. en el bolsillo del chaleco...

HALL. (Registrándose.) ¡Pues no la encuentro!

WEIG. ¡Qué diablo! Se conoce que esos granujas se la quitaron a usted mientras dormía para escapar mejor en caso de alarma.

HALL. ¡Es muy probable!

WEIG. ¡No, no, no! ¡No puede ser!

HALL. ¿Por qué?

WEIG. Pues porque en tal caso hubieran encontrado la llave por la parte de dentro... ¡Y estaba puesta por fuera!

ARN. ¡Es para volverse loco! (Pausa.)

HALL. Traígame usted a los dos detenidos.., Quiero interrogarles yo.

WEIG. A sus órdenes, señor Fiscal... Voy a hacer que los traigan a su presencia.

HALL. Gracias. (Weigert vase. A Emmy.) Tú, hermana, retírate ya a descansar... Estas emociones no te convienen... Anda, vé.... (A Elisa.) Elisa, acompañe usted a la señorita.

EMMY Como quieras... (Elisa la ayuda a levantarse) Buenas noches, señor Arnoldy... (En la puerta.) ¡Qué mala gente!... ¡Pero qué mala gente! (Vase con Elisa.)

ARN. (A Hallers) ¿Permite usted que yo me quede?

HALL. ¡No faltaba más! (Vuelve Weigert, por el foro precediendo a Luis el Gordo y Dickert, dos Agentes sujetan a cada uno de estos.)

WEIG. (A Luis y Dickert.) El señor Fiscal quiere interrogaros... ¡Esas gorras!... (Los Agentes conducen a los bandidos al primer término. Luis y Dickert lo hacen dando vueltas entre sus manos a los sombreros con la cabeza baja y caras afligidas.)

ESCENA VII

DICHOS, LUIS EL GORDO y DICKERT

HALL. ¡Vamos! ¡Acercáos! (Luis y Dickert, empujados por los Agentes, avanzan un paso, pero con la cabeza baja sin atreverse a mirar al Fiscal. Luego alzan los ojos y al reconocer a Hallers se quedan estupefactos.) ¿Eh? ¿Qué os pasa? ¡Ah, sí! ¡Yá comprendo! Os sorprende encontraros a un Fiscal en la propia casa que veníais a robar... ¡Ea! ¡No tembleis así! Vuestra emoción me prueba que no habeis perdido del todo el respeto debido a la justicia... Lo celebro por vosotros... Tranquilizáos pues, y tratad de comprender bien lo que de vosotros espero. ¿Habeis oído? (Luis y Dickert se miran.)

LOS DOS Sí, sí. (Hallers se sienta.)

LUIS (A Dickert bajo.) ¡Quiere ponernos en la calle!

DICK. ¡Ya lo veo!

WEIG. ¡Silencio!

HALL. Vamos a ver. Se os ha detenido a los dos cuando intentabais robar en mi propia casa. (Movimiento de los dos.) No creo que intenteis negar, puesto que os cogieron *in fraganti*.

LOS DOS (Tímidamente.) No ..

HALL. Perfectamente. Pues el señor Comisario y yo estamos plenamente seguros de que teneis otro cómplice .. ¿Sí o no?

LUIS (Ambiguo.) Cuando el señor Fiscal está plenamente seguro...

DICK. Es porque debe ser verdad.

HALL. ¿Quién es ese cómplice?

LUIS ¿Que quién es ese cómplice?...

HALL. Sí .. Es el *Príncipe*.. ¿No?

LOS DOS (Mirándose.) ¿El Príncipe?

HALL. (Impacientándose.) ¡Vamos, no os hagais los tontos! Os pregunto si el tercer individuo que estaba aquí con vosotros era el Príncipe!

LUIS (Conciliador.) Pues si el señor Fiscal tiene mucho empeño en que fuera el *Príncipe*...

DICK. ¡Sería el *Príncipe!*

LUIS ¡Nosotros no queremos contrariar al señor Fiscal!

HALL. Quiero que contesteis claramente... ¿Era o no era el Príncipe quien estaba con vosotros?

DICK. Puesto que el señor Fiscal se empeña...

LUIS Sí, era el *Príncipe.*

HALL. (A Weigert) Ya tenemos el punto de partida..

LUIS (A Dickert.) ¡Este no se achica nunca!

DICK. ¡Es sobrenatural!

HALL. Y ahora, decidnos, ¿cómo habeis hecho para entrar en la casa?

LUIS ¿Qué hemos hecho?

HALL. Sí.

LUIS Bueno... Pues hemos hecho igual que todo el mundo... Abrir la puerta del jardín .. y luego saltar por la ventana.

HALL. (Impacientándose.) No digo eso. Pregunto ¿cómo habeis podido llegar hasta ahí?

LUIS ¡Pues con la llave!

HALL. ¿Qué llave?

LUIS Con la llave que tenía el *Príncipe.*

HALL. ¡Ah!... ¿De modo que el *Príncipe* tenía una llave?

LUIS ¡Eso parece!

HALL. Por consiguiente... como esa llave era la mía... la que yo tenía aún en mi poder antes de dormirme... es indudable que el *Príncipe* tuvo que entrar aquí otra vez, antes que vosotros. . para quitármela ..

LUIS Señor Fiscal... es el Príncipe a quien se lo tiene usted que preguntar.

DICK. Naturalmente.

HALL. (Cada vez más irritado.) ¿Dónde estabais vosotros cuando llegó la policía?

LUIS (Lanzando una mirada pesarosa a los paquetes que hay en el suelo.) Eso... ¡A la vista está!

HALL. ¿Estábais aquí los tres?

LUIS ¿Si estábamos aquí los tres?

HALL. ¡Contestad pronto!

LUIS (Decidiéndose.) Pues, sí, señor Fiscal, sí. ¡Aquí estábamos los tres!

HALL. (A Weigert) Ya no cabe duda. (A Luis el Gordo.) ¿Y por dónde os escapasteis?

LUIS Por la ventana.

HALL. ¿Y el Príncipe?

LUIS — ¿El Príncipe?

HALL. — Sí... ¿El Príncipe saltó también por la ventana?

DICK. — Eso no es tan fácil de decir, señor Fiscal.

LUIS — A lo mejor ha encontrado el modo de ponerse sobre seguro.

WEIG. — ¿Cuando os sorprendieron, os habíais llevado ya alguna cosa?

LOS DOS — ¡No!

HALL. — ¡Mentís! Porque encima de esta mesa dejé yo una cartera que contenía seiscientos marcos en seis billetes. Y de esos seis billetes dos se te han encontrado a tí encima, Dickert: y los otros dos los has tirado tú, Luis el Gordo, cuando viste que te iban a prender... ¿Dónde están los otros dos billetes?

LOS DOS — (Se miran.) ¿Los otros dos?

HALL. — ¿No lo sabeis, no es eso? Pues os lo diré yo; ¡los tiene el *Príncipe* en su bolsillo!

LUIS — (Finamente.) ¡Puesto que el señor Fiscal lo sabe!...

DICK. — ¡En el bolsillo del *Príncipe* estarán!

HALL. — ¡Ah, vamos! Es vuestro sistema... ¡Veo que no quereis soltar palabra! (Muy irritado a Weigert.) No vamos a sacarles nada, por lo menos esta noche.

WEIG. — Es de temer.

LUIS — (Bajo a Dickert.) Ahora manda que nos suelten.

DICK. — (Bajo a Luis.) Y colorín colorao...

HALL. — (A Weigert.) Señor Comisario, encárguese usted de estos dos hombres. Mándelos usted inmediatamente a la cárcel.

LOS DOS — ¿Eh?...

HALL. — Quedan desde ahora incomunicados... Quiero hacer con ellos un escarmiento: ¡Para que aprendan a robar la casa de un magistrado cloroformizándole.

WEIG. — Se cumplirán las órdenes del señor Fiscal.

DICK. — (Aparte a Luis.) ¡Pero tú estás oyendo!

LUIS — (Aparte a Dickert.) ¡Nos la ha jugado de puño!

HALL. — ¡Y reciba usted, señor Comisario, mi más sincera felicitación! Ha llevado usted este asunto prodigiosamente.

DICK. — (Aparte.) ¡Qué canalla!

LUIS (Estupefacto.) ¡Era Fiscal de verdad!

HALL. Hasta mañana, pues, Weigert. . ¡Llévese usted a esta gentuza!

WEIG. (A los dos.) ¡Andando!

DICK. ¡Canalla! Pero, ¡qué canalla!

LUIS (A Weigert.) Un minuto. Tengo todavía algo que decirle al señor Fiscal... (Los Agentes quieren llevársele.) Un minuto, os he dicho...

HALL. (A los Agentes.) Soltadle. ¿Tiene usted alguna revelación que hacerme?

LUIS Una pregunta, señor Fiscal. ¿Querría yo saber si está usted muy seguro de que es el *Príncipe* quien tiene los otros dos billetes?

HALL. Completamente seguro. ¿Y a qué viene esa pregunta?

LUIS Por nada... por nada... ¿Y tendría el señor Fiscal encima por una casualidad su cartera?

HALL. ¡Cómo he de tenerla, si me la han robado!

LUIS De todos modos, pruebe a ver el señor Fiscal. ¡Por probar nada se pierde! (Asombro general. Hallers se mete maquinalmente la mano en el bolsillo del pantalón y saca la cartera con los billetes satisfecho. Irónico.) Ya ve el señor Fiscal como no se debe acusar a los ausentes. Y el señor Fiscal se preguntará sin duda, ¿cómo pueden estar en su poder esos billetes que él creía en el bolsillo del *Príncipe?*... Sí... sí... eso es lo que se pregunta el señor Fiscal... Pues bien, si el señor Fiscal me hace el honor de concederme una entrevista a solas, yo se lo explicaré con mucho gusto... (Todos se miran con estupor durante unos instantes.)

HALL. Dejadme con este hombre.

WEIG. Pero, señor Fiscal...

HALL. (En un tono que no admite réplica.) ¡Salid!

WEIG. (Inclinándose.) Estoy a sus órdenes... (A los Agentes.) Póngale usted las esposas.

LUIS ¡Vaya, hombre! ¡Cuánta precaución! (Lo esposan. Se retiran todos mientras Luis el Gordo cambia gestos de inteligencia con Dickert a quien empujan hacia fuera.)

ESCENA VIII

HALLERS, LUIS EL GORDO. Al final de la escena WEIGERT, ARNOLDY, EMMY, ELISA y AGENTES DE POLICÍA

LUIS (*Sarcástico.*) ¡Pues sí que te has portado! Bueno, hombre. ¿Hay que darte las gracias encima?

HALL. ¿Eh?... ¿Qué?...

LUIS De modo que tú eres... el Fiscal... ¿Un Fiscal auténtico? ¡Es para reventar de risa! ¡Por mi corazón! He visto cosas gordas por el mundo... pero como esta, ¡te juro que ninguna!

HALL. (*Vivamente.*) Le prevengo a usted que no estoy dispuesto a tolerar impertinencias.

LUIS Policías metidos a ladrones para inducir a los ladrones a robar... eso se ve todos los días. ¡Pero un Fiscal que organiza un escalo en su propia casa para trincar a toda una banda... ¡eso no se había conocido todavía!.. Sólo que... óigame usted una cosa, señor Fiscal.

HALL. (*Retrocediendo.*) Guarde usted las distancias.

LUIS ¿No me ha mirado usted bien a la cara? Pues si usted se figura que yo soy muy bruto, es que no es usted tan listo como yo me figuraba... Y pensar que yo me voy a dejar llevar de este modo y en silencio... es conocerme muy mal.

HALL. ¿Amenazas? (*Va a llamar.*)

LUIS (*Interponiéndose.*) No. Nada de eso. Una simple pregunta, no más. Si un amigo le lleva usted a su casa... y le da a usted su llave... y le deja a usted abrir la puerta, de modo que pueda usted entrar tranquilamente... ¿ha hecho usted un escalo?

HALL. Pero...

LUIS Y si ese amigo, (*Acercándosele.*) le ve y le deja a usted coger dinero de su cartera sin protestar, ¿habrá cometido usted un robo?

HALL. (*Sin comprender.*) ¿Eh?... ¿qué?

LUIS (*Conciliador, acercándosele.*) Vamos, que todo puede arreglarse... Yo no soy rencoroso ni

mala persona... Sólo quiero que nos entendamos.

HALL. ¿Que nos entendamos?

LUIS (Avanzando hacia él y mirándole fijamente a los ojos.) La libertad para Dickert y para mí... y puede usted estar tranquilo... que nosotros no diremos nada...

HALL. (Furioso.) Pero, ¿ustedes, qué es lo que pueden decir?

LUIS ¡Una friolera! ¡Quién es usted... y los puntos que calza!

HALL. (Retrocediendo.) ¿Qué?

LUIS (Adelantándose.) Lo que hace usted por las noches. ¡Digo, iba a ser flojo el escándalo! Los periódicos contando que el señor Fiscal Franz Hallers se pasa las noches borracho, en una taberna...

HALL. ¡Eh! ¡Cómo! ¡Qué osadía!

LUIS En la distinguida sociedad de los ladrones de oficio.

HALL. ¡Ah, canalla!

LUIS ¡Vaya un cuadro! Pues, ¿y la cara de la gente al saber que el señor Fiscal es el hombre de una mujerzuela del arroyo... con la cual todas las noches...

HALL. (Agarrándole rápidamente del cuello, casi lo extrangula.) ¡Canalla! (Luis grita medio asfixiado. Emmy y Elisa, asustadas, entran por la puerta; por la otra Arnoldy, Weigert y los agentes de policía.)

TODOS (Gritando.) ¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto? (Arnoldy y Weigert se precipitan sobre Hallers, y le arrancan a duras penas de entre las manos a Luis el Gordo, a quien se llevan los agentes medio asfixiado.)

ESCENA IX

DICHOS, menos LUIS EL GORDO y LOS AGENTES

WEIG. Pero, ¿qué es lo que ha pasado, señor Fiscal?

HALL. Que ese bandido me amenazó con acusarme de una infamia odiosa... diciendo que fuí yo quien les traje aquí a él y a su gente para hacerles prender.

TODOS ¡Oh!

HALL. Que me paso las noches en las tabernas... emborrachándome entre apaches y mujeres de mala vida.. ¡Qué sé yo! ¡Una sarta de cosas innobles!... Entonces, no sé lo que sentí... Me cegué... y cogiéndole por el cuello... (Con los ojos extraviados.) ¡Ah! ¡Si no llegan ustedes a tiempo, lo extrangulo!

WEIG. (Vivamente.) ¡Señor Fiscal!...

HALL. Sí... sí... Comprendo su indignación, Weigert. ¡Yo, un Fiscal, cometer una iniquidad semejante! Y en la persona de un preso... con las manos esposadas...

TODOS ¡Oh!

HALL. (Exasperado.) ¡No tengo perdón! (Se deja caer abrumado en un sillón.)

WEIG. Yo mismo, señor Fiscal, me ví obligado muchas veces a proceder así... ¡No merecen otra cosa!

EMMY (Vivamente.) Yo creo que el señor Comisario tiene razon. A esa gentuza hay que tratarla sin piedad.

HALL. ¡Por Dios, Emmy... por Dios!...

ARN. (Acercándosele.) Amigo Hallers, debía usted irse a descansar. Está usted extenuado...

HALL. (Levantándose.) Sí... sí... Tiene usted razón...

EMMY (Vivamente.) Sí .. sí... Vamos...

HALL. Ay, amigos míos... hermana mía... ¡Cometer yo tan villana acción!... Es indigno de mi cargo; indigno de mí... Pero, ¿qué es lo que yo siento ahora.. qué es lo que tengo, Dios mío.. qué es lo que tengo?...

(Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración que en el acto anterior. Todo está en orden otra vez. Es de día

ESCENA PRIMERA

EMMY y ELISA. Después HALLERS. Al levantarse el telón, Elisa está sobre una banqueta o escalerita plegable, colocando los cortinajes. Emmy va y viene, ayudando a poner en orden la habitación

ELISA (Bajando de la banqueta.) Ya está, señorita... ¿Quedan bien las colgaduras?

EMMY Muy bien

ELISA ¿Desea la señorita algo más? (Viendo entrar a Hallers.) ¡Ah!... Aquí viene el señor... (Elisa coge la banqueta o taburete y vase. Hallers entra taciturno y preocupado.)

EMMY ¿Has descansado?

HALL. Como se puede descansar después de una noche de emociones...

EMMY (Señalando la mano de Hallers.) ¿Qué tienes ahí en la mano?

HALL. No lo sé... Me habré herido con algún clavo... sin darme cuenta.

EMMY Espera; voy a vendarte.

HALL. No vale la pena.

EMMY Sí... sí... ¿Cómo vas a ir de ese modo? (Saca de un velador un pedazo de tela blanca, que corta en pedazos. En este momento entra Kleinschen.)

KLEIN. Buenos días, señor Fiscal... Buenos días, señorita Emmy...

LOS DOS Buenos días, Kleinschen.

HALL. Déjanos.

EMMY ¿No quieres que te cure?

HALL. (Irritado.) No, mujer, no.

EMMY Hasta luego. (Vase.)

ESCENA II

HALLERS y KLEINSCHEN

KLEIN. La criada me ha contado lo ocurrido.. Y del mal el menos...

HALL. Es increible, ¿verdad?

KLEIN. ¿Quien hubiera pensado, cuando yo me fuí anoche, que unos minutos después?..

HALL. (Nervioso.) Pues, así fué, amigo.. (Vivamente.) Pero, no hablemos más de eso, ¿le parece a usted? ¡Me pone nervioso! ¡Vamos a trabajar!

KLEIN. En seguida. Voy a ponerme la americana vieja... (Vase izquierda, primer término. Se le oye en seguida lanzar un grito de sorpresa. Vuelve a salir con la americana vieja en la mano.)

HALL. ¿Qué?

KLEIN. (Examinando la americana.) ¡Mire usted, señor Fiscal!... El desgarrón que yo le enseñaba a usted anoche... ¡Lo han cosido!

HALL (Sorprendido.) Pero, ¿cómo? ¿Está usted cierto?

KLEIN. ¡Mírelo usted!...

HALL. Habrá sido mi hermana... Pero vamos a saberlo. (Llamando.) ¡Emmy!... ¡Emmy!... (Entra Emmy.) ¿Qué haces, mujer? ¿No oyes que te estoy llamando?

EMMY ¿Qué quieres?

HALL. (Enseñándole la americana.) ¿Eres tú quien ha cosido la americana de Kleinschen?

EMMY ¿Yo? No...

HALL. Entonces tal vez haya sido Elisa...

EMMY Tampoco... Elisa sólo entró aquí esta mañana conmigo... Pero, ¿por qué me lo preguntas?

HALL. Por nada... Por nada .. Puedes retirarte...

EMMY Pero...

HALL. ¡Déjanos... déjanos ya! (Emmy muy sorprendida.) ¡Decididamente, esto es inexplicable! (Viendo que Kleinschen saca un retrato de uno de los bolsillos de la americana vieja y lo mira.) ¿Qué está usted mirando?

KLEIN. Un retrato, señor Fiscal... Esta fotografía que acabo de encontrarme en el bolsillo de mi americana y que anoche no estaba aquí... (Le da el retrato.)

HALL. (Mirando el retrato.) Espere usted... espere usted... Yo conozco esta cara... ¿No es la antigua criada de casa de Arnoldy?

KLEIN. La misma, sí señor.

HALL. ¿Y cómo ha podido ir a parar esa fotografía a su bolsillo si la americana no salió de aquí?

KLEIN. Inexplicable, señor Fiscal, inexplicable... Sólo el espiritismo pudiera darnos la clave de este misterio...

HALL. No diga usted tonterías... (Llaman a la puerta.) ¡Bueno! ¿Quien vendrá a molestarnos ahora?

ELISA (Entra y anuncia.) Señor, el señor Arnoldy y el Doctor. .

HALL. (Vivamente.) ¡Que pasen .. que pasen! (A Kleinschen.) Espere usted un instante en el comedor... Reanudaremos el trabajo en seguida.

KLEIN Está bien, señor Fiscal... (Deja sobre la silla la americana vieja que iba a ponerse y pasa al comedor, al propio tiempo que entran Feldermann y Arnoldy.)

ESCENA III

HALLERS, FELDERMANN y ARNOLDY

DOCTOR (Entrando.) Buenos días, querido Hallers... El amigo Arnoldy, con quien me encontré al venir, me ha referido el suceso... ¡No salgo de mi asombro!

HALL. Mas asombrado estoy yo.

ARN. Y de sus molestias, ¿qué tal?

HALL. ¡Calcule usted! Estas impresiones no son lo más indicado para calmar el sistema nervioso.

ARN. Pues es preciso dominarlo a la fuerza.

HALL. Eso es más facil de recomendar que de conseguir. Yo les confieso a ustedes que lo intento desde anoche en vano... Y es natural... Pasan a mi alrededor cosas incomprensibles. . Siento que me envuelven extrañas sombras. En mi vida hay un misterio; un enigma que no acierto a descifrar.

DOCTOR Se quiere usted burlar de nosotros. .

HALL. ¡Ojalá fuera así!

ARN. No está uno en la Edad Media, a Dios gracias .. En la vida no hay ya misterios ni sombras.

HALL. (Desesperanzado.) No trate usted de engañarme, amigo Arnoldy .. Me habla usted sin convicción... Están ustedes mismos tan intrigados como yo, por las cosas raras e inexplicables que anoche han acontecido aquí...

ARN. Se equivoca usted; se lo aseguro.

HALL. No... No. . Usted, amigo Arnoldy, es un hombre inteligente y no puede usted menos de haber reflexionado sobre lo extraño de los acontecimientos acaecidos aquí anoche.

ARN. Pues sí, lo confieso.

HALL. Esa llave que yo guardé en mi bolsillo y que se encontró luego en la puerta del jardín... El dinero que debieron repartirse los tres cómplices, y cuya tercera parte se encontraba en mi bolsillo... Y ese tercer cómplice... ese tercer ladrón que no parece... y que debiera parecer... Y otras, otras muchas cosas...

ARN. ¿Qué cosas?

HALL. (Enseñando el retrato de Myrka.) Vean ustedes... ¿Conoce usted a esta mujer?

ARN. Sí... Es un retrato de mi antigua criada, Myrka.

HALL. Sí... Pues bien, ¿sabe usted dónde acabamos de encontrar ese retrato?

ARN. No.

HALL. (Señalando la americana.) En esa americana de mi escribiente... que está seguro.. ¿lo oyen ustedes?... ¡seguro!... de que anoche no lo tenía ahí. ¿Ven ustedes este roto?

DOCTOR Sí.

HALL. Pues es también cosa indudable que anoche estaba sin zurcir... y como esta prenda no

ha salido de esa habitación, es evidentísimo que han tenido que recogerla aquí mismo y esta misma noche...

DOCTOR ¿Y qué deduce usted de todo ello?

HALL. Que ha sido arreglada por los ladrones... lo cual es absurdo... o por un milagro... y ¡esto es más absurdo todavía!...

DOCTOR Es muy raro, en efecto.

ARN. ¡Muy extraño!

HALL. (Exaltándose poco a poco.) Y como nosotros no somos vanas quimeras, sino seres reales y verdaderos, y como la vida no es una utopia, sino una realidad en la cual, como usted dice muy bien, Arnoldy, no hay misterios ni sombras... yo quiero explicarme satisfactoriamente lo que encuentro a mi alrededor... ¡Quiero ver claro! Y si ustedes son amigos míos deben ayudarme a que yo encuentre la verdad.

ARN. No deseamos otra cosa, buen amigo .. ¡Pero, por Dios, no se exalte usted!

DOCTOR Todo tiene explicación muy fácil... ¡hasta los milagros! ¡Los milagros más que nada!

HALL. (Mirándole fijamente y luego a Arnoldy y trata de sonreir.) Tienen ustedes razón, señores... No hay razón para que me excite de este modo.

LOS DOS ¡Naturalmente que no!

(Timbre.)

ARN. (Vivamente.) Es mi hermana Inés. Viene a preguntar por usted... Voy a decirla que no la puede usted recibir ahora.

HALL. Al contrario. Tendré mucho gusto en saludarla.

ELISA Señor. Es Myrka, la antigua criada del señor Arnoldy...

ARN. (Sorprendido.) ¿Myrka?

ELISA Sí, señor. Dice que necesita hablar en seguida con el señor Fiscal.

HALL. (Sorprendido.) ¿Qué querrá de mí esa mujer?

DOCTOR Recíbala usted, Hallers.

HALL. Que pase.

(Pausa. Entra Myrka. Elisa vase.)

ESCENA IV

DICHOS y MYRKA. Se sorprende al ver a Arnoldy

HALL. No tema usted, hija mía... acérquese.

ARN. (Viendo que Mirka vacila. Afablemente.) Sí... No tenga usted ningún temor. (Myrka se adelanta tímidamente, casi temblorosa.)

DOCTOR Buenos días, señores.

HALL. Pero está usted temblando. Tranquilícese usted... ¿Quería usted hablarme?

MYRKA Sí.

HALL. Usté dirá sobre qué...

MYRKA (Con voz apagada por la emoción.) Pues... apropósito... de lo que pasó anoche... (Los tres hombres se miran. Pausa.)

HALL. ¡Ah, sí!... Pues bien, hable usted... Ya la escucho.

MYRKA Es que...

HALL. Puede usted hablar sin cuidado delante de estos señores... Están ya al corriente. Veamos. ¿Qué sabe usted? Acaso algo de los miserables que entraron en la casa para robarme. (Ademán de sorpresa en Myrka.) ¿Es eso?

MYRKA No, señor Fiscal. Yo no sabía nada de eso.

HALL. (Sorprendido.) ¿Cómo que no sabía usted nada?

MYRKA ¡No!

HALL. ¡Si usted misma lo acaba de decir!

MYRKA Dispénseme usted, señor Fiscal. Yo le dije que deseaba a usted hablarle de lo que pasó anoche... pero no aquí... porque yo aquí no sabía que hubiera pasado nada.

HALL. Pues entonces... ¿dónde?

MYRKA (Sin atreverse a hablar.) Pues... allí...

HALL. ¿Cómo... allí?

MYRKA El señor Fiscal ya sabe lo que yo quiero decir.

HALL. Le aseguro a usted que no.

MYRKA En vista de que no me comprende el señor Fiscal... ¡Estaré yo equivocada!

HALL. (Molesto.) Le ruego a usted que hable con claridad. ¿Por qué vino usted a verme?

MYRKA (Recobrando en parte la tranquilidad.) Pues, señor

Fiscal, porque hace tiempo que deseaba verle a usted... o al señor Arnoldy... para decirles que yo no soy una ladrona... y que me hizo usted condenar injustamente.

HALL. (Con decepción.) ¡Cómo! ¿Ha venido usted para eso?

MYRKA (Vivamente.) Sí, señor Fiscal, para eso. Pero como yo necesitaba un pretexto para venir... y no tenía ninguno... esperaba la ocasión. Pero después de lo ocurrido anoche....

HALL. ¿Aquí?

MYRKA No, señor... Allá abajo.

HALL. (Impaciente.) Pero, ¿qué quiere usted decir?

MYRKA (Cada vez más vacilante.) ¡Demasiado lo sabe el señor Fiscal!

HALL. ¡No! ¡Mil veces no!... Me está usted hablando enigmáticamente. Todo el mundo igual. ¡Es ya insoportable! Si lo que la cohibe a usted es la presencia de estos señores, le repito a usted que hable con entera libertad... Pero le advierto a usted que no estoy dispuesto a tolerar que embrolle usted más las las cosas todavía. ¡Eso no!

ARN. (Interviniendo.) Calma, Hallers. No aumente usted la confusión de esta joven. Si se ha atrevido a venir es, sin duda, porque tiene que decirle a usted algo interesante.

HALL. Sí, tiene usted razón. (Irónicamente.) No tengo derecho a asombrarme ya de nada, ni de preguntas capciosas ni de respuestas ambiguas. ¡Estamos en pleno misterio: sigamos en él. (Esforzándose en bromear a pesar de la inquietud que en el fondo siente.) Ande usted, hija mía, ande usted. Cuéntenos usted las cosas más inverosímiles y extravagantes. ¿Qué es lo que viene usted a contar? (Afectando un tono burlón que está muy lejos de sentir.) Decía usted que anoche pasó yo no sé qué... en no sé qué parte... en algún lugar que yo conozco... sin conocerlo... algo que me interesa; ¿no?

MYRKA (Afirmando con la cabeza.) Sí.

HALL. ¿Y que esos acontecimientos... le dieron a usted el pretexto para venir a buscarme?

MYRKA Sí.

HALL. Veamos, pues, cuál es ese pretexto.

MYRKA (Entregándole el reloj.) Este, señor Fiscal...

HALL ¡Un reloj! (Sorprendido.)
MYRKA (Vivamente.) Sí, señor Fiscal. Un reloj que yo le traigo a usted para que se lo devuelva a la persona a quien pertenece.
ARN. (Reconociendo el reloj.) Ese reloj es el que le robaron anteanoche a mi hermana Inés. Lo reconozco muy bien.
HALL. (A Myrka.) ¿Cómo ha llegado a sus manos ese reloj?
MYRKA Pero...
HALL. ¡Sin subterfugios!
MYRKA (Asombrada.) ¡Es un regalo que me han hecho!
HALL. ¿Quién?
MYRKA No sé si debo...
HALL. (Vivamente.) Esos objetos han sido robados. Necesitamos que usted nos diga cómo es que están en su poder. ¿Quién le ha dado a usted ese reloj con la cadena?
MYRKA ¿Me exige usted que lo diga?
HALL. ¡Lo exijo!
MYRKA ¿Delante de estos señores?
HALL. Sí.
MYRKA Pues me lo dió usted, señor Fiscal.
HALL. ¡Eh! ¿Qué?
MYRKA ¡Que fué usted quien me lo dió!
HALL. (Indignado.) ¡Yo! Pero... ¿está usted loca? (A Arnoldy y Feldermann que se miran.) Pero, ¿qué es lo que está diciendo? ¡Esta mujer está loca! (A Myrka.) ¡Le advierto a usted que esto va a costarle caro!
MYRKA (Indignada.) ¡Señor Fiscal!
DOCTOR Pero, amigo Hallers, ¿por qué no deja usted a esta joven que se explique?
HALL. (Indignado.) ¡Cómo! ¿Quiere usted que yo escuche en silencio esas necedades... esas infamias?
DOCTOR ¡Sí, es necesario!
HALL. Pero, Doctor...
DOCTOR (Con autoridad.) ¡Es necesario!
(Hallers mira alternativamente a Feldermann y a Myrka porque comprende que de lo que diga Mirka va a surgir la luz que exige la misteriosa confusión que le rodea.)
HALL. (Con voz alterada por la emoción.) ¡Sea! (Pausa.)
DOCTOR Vamos a ver, hija mía. ¿Usted dice que fué

el señor Fiscal quien le dió a usted ese reloj?

MYRKA — Sí.

DOCTOR — ¿Y que fué anoche cuando se lo dió a usted?

MYRKA — Sí, anoche... poco después de las doce.

(Ademán de Hallers para hablar. Feldermann le ataja.)

DOCTOR — (A Myrka.) ¿Y qué; puede usted decirnos... dónde se encontraba usted en ese momento?

MYRKA — En el «Pato Cojo?

DOCTOR — ¿El Pato Cojo?...

MYRKA — Sí. Una taberna del arrabal del Norte.

DOCTOR — Entonces, permítame u-ted que le diga que sufre usted una equivocación... que sin duda le ha engañado el parecido. Porque el señor Fiscal no ha salido de aqní en toda la noche.

HALL. — Así es.

MYRKA — (Vencida.) Entonces... Estaré yo ofuscada... y le pido a usted perdón, señor Fiscal... ¡Perdóneme usted! ¡Nada más tengo que decirle... nada! (Ademán de levantarse.)

DOCTOR — ¡Un momento, señorita!... (Le enseña el retrato.) ¿Conoce usted este retrato?

MYRKA — Ya lo creo. Es el mío. El que le di anoche al Príncipe!

DOCTOR — ¿Al Príncipe?

MYRKA — No... quise decir a... (Su mirada se cruza con la de Hallers y calla.)

DOCTOR — No trate usted de desdecirse. Habló usted ya demasiado... para que yo no le ruegue que continúe. ¡Le ruego a usted que nos lo diga todo! ¿A quién le dió usted ese retrato? ¿Fué al Príncipe? (Myrka no contesta.) ¿O fué a otro? (Idem.) ¡Conteste usted! (Idem.) ¿Se niega usted? (Idem.) ¡Ah! (Idem.) ¿Es que tiene usted miedo de comprometer a alguien? (Idem.) ¿A alguien que constituye con el Príncipe una sola e indistinta persona? ¿Es eso, no es verdad?

MYRKA — No... No... (Ante la mirada imperativa de Feldermann.) ¡Sí!

DOCTOR — Pues... esa persona... ¡Queremos nosotros que la nombre usted ahora mismo!

MYRKA — Es... es el señor Fiscal...

HALL. ¡Yo!... ¡Siempre yo! (Quiere protestar. Feldermann le impone silencio con un ademán.)

DOCTOR Comprenda usted, hija mía, la gravedad de lo que acaba de decir... ¡Acusar de ese modo al señor Fiscal de un delito tan inverosímil, tan monstruoso! Nadie la creerá a usted! Y esto puede tener para usted muy amargas consecuencias... La llevará a usted de nuevo ante los tribunales...

MYRKA (Indignada.) ¡Yo al tribunal, otra vez!

DOCTOR Medítelo usted despacio. No alcanzo qué se propone usted al insistir de nuevo en tan extraordinaria acusación. Aún está usted a tiempo de retirar lo dicho. Confiese usted que ha mentido, y...

MYRKA ¡Yo no he mentido!

HALL. ¡Oh!

MYRKA (Exaltándose.) ¡No, no! ¡No he mentido! Y puesto que sois todos a torturarme, a acorralarme, a amenazarme... ¡Sí! ¡Lo diré todo! ¡Todo! ¡Todo! ¡Que fué el señor Fiscal quién me dió anoche en el «Pato Cojo» ese reloj... y que a él, a él mismo, le di yo ese retrato!

HALL ¡Oh!

MYRKA Ya está. Ya lo he dicho. ¡No se puede ser buena! ¿Por qué os ensañais de ese modo conmigo? ¿Por qué? ¿Porque soy una débil e infeliz mujer indefensa? ¡Pues eso es una infamia y las infamias se contestan así! ¡A usted, señor Fiscal le di yo mi retrato! Porque el Príncipe y usted—no irá usted a negarlo ahora—son una misma persona. Sí, es usted... usted .. ¡usted!

HALL. (Jadeante se apoya contra los muebles.) Cállese usted ya...

MYRKA Explíqueme usted, si no cómo iba a estar ese retrato en su poder... Por milagro no será.

HALL. ¡Por caridad!

MYRKA (Cogiendo la americana de Kleinschen que estará sobre una silla.) Y esta americana, la del Príncipe. ¿Cómo es que se encuentra aquí? Porque no dirá usted que no es la misma. Aquí en la manga está el roto que yo le recompuse ayer noche...

HALL. ¡Basta ya, por Dios!

MYRKA (Persiguiendo a Hallers que, enloquecido, anonadado, retrocede ante ella.) ¿Quiere una prueba más?... En el brazo tiene usted un rasguño... que llega hasta la muñeca... Se lo hizo usted anoche... cuando me quiso besar... ¡A mí porque es usted mi amante, mi amante, mi amante! (Hallers retrocede espantado por las revelaciones de Mirka oprimiéndose la cabeza entre las manos con indecible terror; se tambalea como un borracho y se desploma sobre una butaca. Myrka se precipita hacia él, apiadada al ver el efecto de sus palabras.) ¡Señor Fiscal!... ¡Señor Fiscal!

DOCTOR ¡Hallers! ¡Amigo mío!...

(Hallers se repone un poco y apartandolos dulcemente. Pausa.)

ARN. (Muy bajo a Myrka.) Retírese usted, Myrka... Suba usted a mi casa... Ya nos veremos... ¡Ande, vaya usted!

MYRKA (Señalando a Hallers.) ¿Entonces... era verdad? ¿El señor Fiscal no se daba cuenta de que él mismo quien venía por las noches allá?

ARN. En efecto, Myrka... No lo sabía... Pero no hay que decir nada a nadie... ¿Lo oye usted? ¡A nadie! Vaya usted... Vaya usted...

MYRKA (Echándose a llorar.) ¡No lo sabía!... ¡No lo sabía! (Vase.)

ESCENA V

DOCTOR FELDERMANN, ARNOLDY, HALLERS. Después INÉS. Luego EMMY y ELISA

HALL. (Loco de dolor.) ¡De modo que era yo! ¡Soy yo quien hacía todo eso!... ¡Era yo!

ARN. / DOCTOR (Emocionados.) ¡Hallers!

HALL. (Sin escucharles.) ¡Una parte de mi ser no me pertenece! ¡Es de otro!... ¡de otro! En un rincón de mi conciencia se agazapa una fiera indomable... un canalla, un bandido... que de pronto me invade y me subyuga como un aventurero, usurpador de mi honor... ¡y ese canalla soy yo!... ¡Qué ironía! ¡El Magistrado austero, juzgador de sus semejantes, convertido en un malhechor

vulgar! (Ríe terriblemente hasta romper en sollozos. Arnoldy quiere hablar, pero Feldermann, con un gesto, le indica que vale más dejarle llorar. Durante unos segundos se oye a Hallers sollozar como un niño.)

DOCTOR. Vamos, Hallers, cálmese usted...

HALL. ¡Cómo quiere usted que yo me calme!... sabiendo que el otro... ¡el otro! vive dentro de mí, robándome a mí mismo... Y yo que me preocupaba de perseguir o un ladrón... (Golpeándose la frente.) ¡El ladrón está aquí! ¡Quién sabe cuántas infamias me habrá obligado a cometer!

DOCTOR (Con autoridad.) ¡Puesto que se da usted cuenta de la gravedad del mal... es que ha llegado el momento de sobreponerse, de luchar!

HALL. ¡Luchar! ¿Contra quién? ¿Contra mí mismo?

DOCTOR ¡No, contra el otro... contra el ladrón! ¡Hay que arrojar al intruso!

HALL. ¿Pero, cómo? Si no me doy cuenta... ¡Si no conozco en nada a mi otro yo!

DOCTOR Esforzándose en reconocerlo... Recobrando la memoria... recobra usted la salud.

HALL. (Tratando de recordar inútilmente.) Si no puedo... ¡Ya sabe usted que no puedo!...

DOCTOR ¡Es preciso!

HALL. ¡Si no puedo!... ¡No puedo! (Tiende las manos desesperadamente a Feldermann.)

DOCTOR (Afectuosamente.) Vamos, vamos, querido amigo... Ahora tiene usted plena conciencia de ser Franz Hallers, el Fiscal... Es indispensable, pues, que aproveche usted su lucidez para revivir el momento preciso en que el otro, el Príncipe, se deslizó en su interior... el minuto de la transmutación... el instante en que el Fiscal se eclipsa y aparece el bandido... Vamos, recuérdelo usted... Yo le ayudaré a usted a recordarlo. ¿Anoche, cuando nos separamos, se quedó usted aquí, no es cierto?

HALL. Sí.

DOCTOR ¿Trabajó usted?

HALL Lo intenté.

DOCTOR ¿En el mismo momento?

HALL En el mismo momento.

DOCTOR ¿Y qué sucedió en seguida?

HALL. (Buscando.) Creo que sentí sueño ..Sí, eso fué.

sentí sueño... Me dormí... Y entonces debió ocurrir... Porque no sé nada... ¡nada más!

DOCTOR Recuerde usted... ¡es preciso! ¡Esfuércese usted en recordar!

HALL. ¡No, no! ¡No puedo por más que lo procuro!

DOCTOR ¡Piense usted!... ¡Piense usted!

HALL. ¡Ah, espere usted!... Sí... sí.. creo que me acuerdo... En el momento de dormirme tocaban el piano arriba... la señorita Arnoldy...

DOCTOR ¡Ah! (Le da al oído una orden a Arnoldy, que sale.) ¿Y escuchó usted durante mucho tiempo lo que la señorita Arnoldy tocaba?

HALL. Me parece que sí.

DOCTOR ¿La música le complace a usted, o por el contrario, le resulta a usted desagradable?

HALL. Creo más bien que me agradaba... Sí, me agradaba.. porque recuerdo haber dicho: «¡Qué música tan dulce!...» (En este momento se oye tocar al piano la misma composición que en el primer acto.) ¡Ah, oigan ustedes!... Es la misma... la misma melodía de anoche... ¡La misma! (Bruscamente le ven reproducirse la escena de la noche anterior.) ¡Oh, dulce... dulce música! (Arnoldy entra en este momento. Feldermann le indica con un gesto que permanezca inmóvil. Hallers, concentrando su atención, trata de ordenar sus recuerdos. Reconstitución de la escena del primer acto. Hallers va encontrando poco a poco sus pensamientos repitiendo todos sus gestos y ademanes. Su cara se torna dura, terrible, y murmura como en el primer acto.) ¡Qué odiosa música! (Se comprende que recuerda lo ocurrido la víspera. Que está a punto de convertirse en el Príncipe. Se levanta como en el acto primero y con el mismo paso rígido se dirige al armario y va a recoger la americana vieja, hace ademán de quitarse la levita.)

DOCTOR (Llamándole.) ¡Hallers! (No contesta.) ¡Príncipe!

HALL. ¿Qué?

DOCTOR ¿Dónde va usted?

HALL. (Convirtiéndose poco a poco en el Príncipe. Cambio de voz.) Allá abajo...

DOCTOR ¿A la taberna del «Pato Cojo»?

HALL. ¡A usted qué le importa! ¿Quién es usted?

ARN. (Espantado pone la mano sobre el hombro de Hallers.) ¡Oh, Hallers!

DOCTOR (A Arnoldy.) ¿Qué hace usted?

(La presión de la mano de Arnoldy provoca en Hallers una crisis nerviosa. Se desploma sobre un sillón.)

ARN. (Sosteniéndole) ¡Hallers! Somos nosotros...¡Sus buenos amigos, que no le han abandonado a usted!

DOCTOR (A Hallers, que va volviendo en sí.) Es el momento propicio... Ordene usted sus recuerdos... Reconstituya usted su odisea... ¡Debe usted ver al Príncipe! ¡Lo ve usted! ¡Sígale usted!

HALL. Sí, sí... Eso es... ¡Es él! ¡El Príncipe! No soy yo. Ya le veo, ya... ¡Es curioso! (Desesperándose.) ¡Es terrible! ¡Amigos míos! ¡Amigos míos!

DOCTOR (Radiante.) ¡Se salvó el abismo! ¡Echado está ya el puente; Hallers, el Fiscal, conoce, recuerda al Príncipe! ¿No experimenta usted una sensación de alivio, de bien estar?

HALL. Sí... Es verdad... Parece que siento algo nuevo en mí.

DOCTOR Sí, Hallers. Recordar en estos casos es sanar.

HALL. Sí... Es como si me sintiera renacer... Como si me encontrara a mí mismo... ¡Veo mi pasado!... ¡El presente es éste! Pero... ¿y el porvenir?

DOCTOR ¡El porvenir, Hallers, solo de usted, de su voluntad depende!

HALL. ¿Para corregirme?

DOCTOR Para luchar contra el otro... para vencerle pensando en él.

HALL. (Poniéndose de pie con energía seguro de sí mismo.) ¡Pues, sí, lucharé! ¡Sin descanso! ¡Con encono! ¡Hasta vencer!... Volveré a ser quien siempre he sido. El Fiscal Franz Hallers... ¡Un hombre honrado! Y si es verdad que el pensamiento mata, Doctor.,. Yo mataré en mí al *Príncipe*... ¡Y le mataré!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas